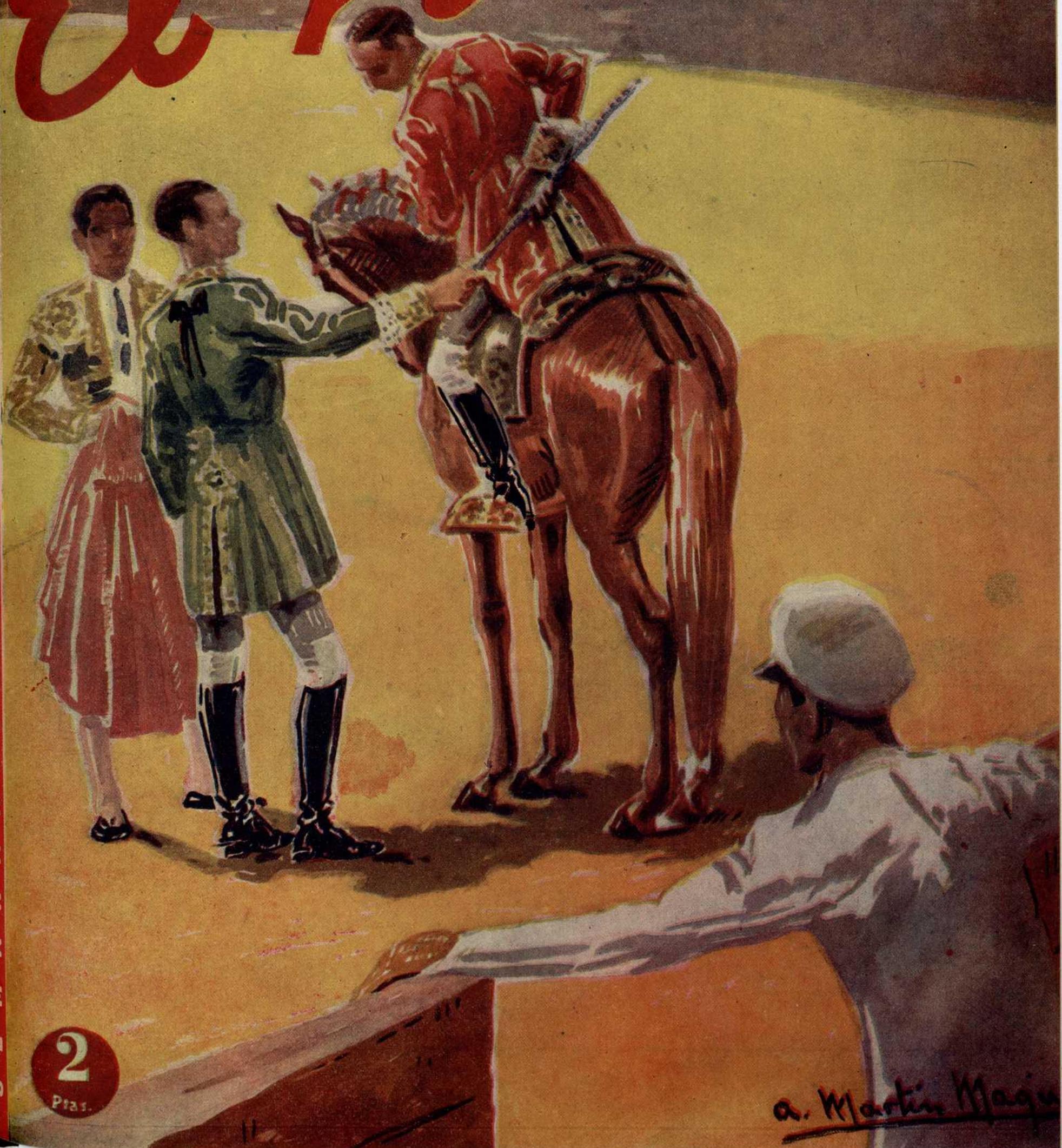


El Ruedo



SEMANARIO GRAFICO

2
Pts.

a. Martín Magu



Anda, baja tú primero



El Ruedo

Semanario gráfico de los toros

FUNDAÑO POR MANUEL FERNANDEZ CUESTA

Dirección: Fernán González, 28.—Teléfs. 265091-265092

Administración: Alfonso XII, 26.—Telef. 214460

Año IV - Madrid, 6 de febrero de 1947 - N.º 137



castellano «comestible» —en la expresión afortunada de Mariano Daranas— esta distinción. España no es fanática. España es apasionada. Méjico, tan español, también. Y la pasión, cuando se descubre en su espontaneidad, es nobleza. Se expansiona el ánimo y «ya no queda nada por dentro».

Alegrémonos de esta pasión de la fiesta de toros. Es casi la fiesta misma, porque sin ella caeríamos en esa mediocridad espantosa de estar siempre bien. La pasión, o lleva al éxito o al fracaso, porque estar siempre bien, fríamente y astutamente bien, es horrible...

C.

PASION de la fiesta de toros. Pasión magnífica, que jamás deriva en el rencor y que por el contrario se diluye en gritos, en abrazos, en explicaciones y... en aguardar con impaciencia el momento de poder adquirir la entrada para la corrida siguiente. Pocas veces el escándalo momentáneo en una Plaza de toros ha degenerado en «un conflicto de orden público». El apasionamiento de los aficionados a toros es un apasionamiento que no lleva hiel. El grito es una ingenuidad poco peligrosa. No se encona. Lo terrible es la frialdad que no se apasiona, que no grita y que espera el momento propicio para asestar el golpe decisivo. Desconfiemos siempre de quienes no se apasionan, por su contrapartida en el refranero español: «Perro que ladra, no muerde»...

El incidente que recogen las fotografías de esta página ya es conocido de los lectores de EL RUEDO. Fué en la Plaza de Méjico, el día 19 de enero. Por unas causas o por otras, la multitud se alborotó, y algún espectador, más intemperante —el que apareció detenido por la fuerza pública—, intentó agredir a uno de los espadas que habían actuado en aquella tarde. Ved en ambas fotografías cómo los agentes de la seguridad pública se apresuran a restablecer el orden perturbado. Y en este, como en tantos otros casos, la mayoría del público presta de buen grado su colaboración, porque una cosa es la protesta y hasta el «jaleo» pintoresco y sin trascendencia, y otra que las cosas pasen a mayores por un toro pequeño o media estocada en los bajos. No. El público de los toros nunca es temible, porque por el grito se va el peligro. El público de toros es apasionado; pero no fanático.

Hace pocas noches, en la función de homenaje al embajador de la Argentina, doctor Radio, don Jacirto Benavente decía, con su



AYER Y HOY

Lo interesante de la suerte de banderillas

Por ANTONIO CASERO



Lo mismo da ir al toro con los brazos caídos, o llevándolos detrás del cuerpo, o hacer con los palos el trapecio. Lo importante es llegar, cuadrar, parar, levantar los brazos y colocar los palos en lo alto del morrillo antes de que la cabeza del toro haya pasado.



ANTONIO CASERO

UN REJONEADOR ANTE EL PROBLEMA DE LAS PUYAS

MUCHO se viene hablando del problema de las puyas y de sus posibles soluciones técnicas. Se habla desde la ciudad, desde la tertulia, desde el despacho. Pero, ¿cómo se ve este problema desde el campo ganadero? Hemos charlado con Joaquín Pareja, sobrino de la señora Viuda de Concha y Sierra, mentor y rector del negocio ganadero de este nombre, rejoneador de notabilísimo estilo y conocedor, como pocos, de las razones que sostienen actualmente el estado artístico y económico de la Fiesta brava.

Joaquín Pareja nos ha hecho ver cómo es muy justo y razonable que este problema del tercio de varas se resuelva antes de que la nueva temporada dé comienzo.

—Aunque el toro —nos ha dicho el rejoneador sevillano— va a salir este año más fuerte y más hecho, continúa siendo el mismo el problema. Es muy conveniente que el picador no se limite a ser un empleado a sueldo que se sube al caballo como si se subiera a una tapia. Requiere, ante todo, el oficio de picar, ser un verdadero jinete; dominar el caballo con toda perfección; conocer a fondo el estilo y las cualidades de los toros, para colaborar eficazmente con el espada en el castigo estricto y conveniente. Si los picadores hiciesen más vida de campo; si se adiestrasen como lo hacen, generalmente, los matadores; si, en una palabra, fuesen —porque deben serlo— maestros de la suerte que practican, no existiría el problema de si el castigo de un toro es excesivo o insuficiente. Lo demás, de nada sirve. A los toros hay que castigarlos. A unos —nos agrega Joaquín Pareja— más que a otros; pero siempre hay que castigarlos...

El sobrino de Concha y Sierra —cuya estampa está llena de un vigoroso perfil sevillano y ganadero— nos dice que, por desgracia, cada vez va siendo menos estrecha esta colaboración o intercambio entre el torero y el campo, que tanto influye en el esplendor de la Fiesta Nacional.

Joaquín Pareja vive habitualmente en "La Abundancia", una de las fincas que posee en los alrededores de Puebla del Río la prestigiosa ganadera. "La Abundancia"

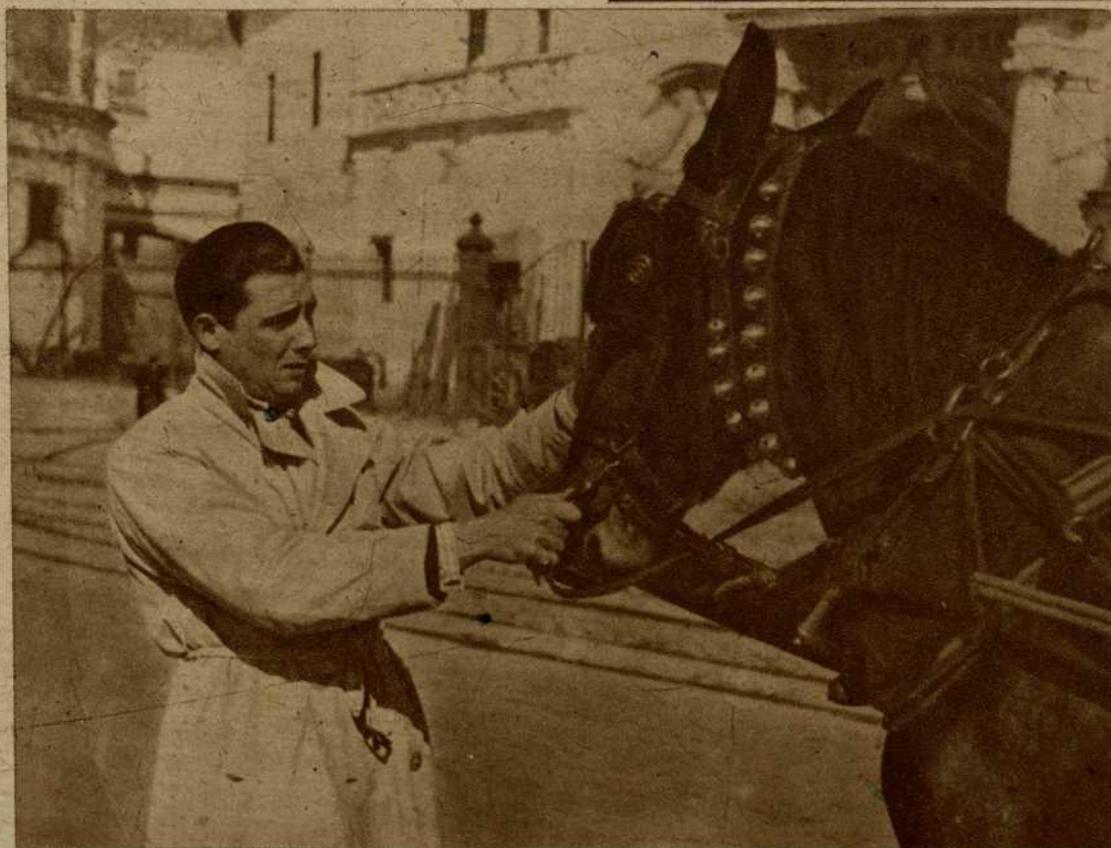
JOAQUIN PAREJA, sobrino de Concha y Sierra, cree que hay otro problema a resolver: el de los picadores



Joaquín Pareja Obregón



Pareja Obregón ante la portada de la Maestranza



El sobrino de Concha y Sierra acaricia a una de las caballerías de su coche. (Foto Arenas)

cia" es un campo de marisma, desarbolado, melancólico, desde el que se contempla el viejo Guadalquivir; de "La Mínima" y "La Venta de la Negra", donde pastan también los negros y solemnes toros de Pablo Romero y los Moreno Santamaría, toda una historia viva y emocionante del toreo.

Joaquín Pareja actúa en cuantos festivales benéficos y generosos requieren su desprendida participación artística.

—Este año —nos ha dicho— quiero actuar en varias corridas. El ejemplo de Alvaro Domecq debiéramos tenerlo muy en cuenta todos los que conocemos el arte de la jineta y del rejoneo...

—Pero usted, además —le preguntamos—, torea a pie y con éxito.

Joaquín Pareja, amable y sonriente, nos dice:

—En mi casa esto de torear a pie es corriente y sencillamente habitual. Mi hermano Juan torea mucho en festivales. Y yo creo que una labor con caballo y rejones debe ser necesariamente rematada con muleta y estoque...

Dejamos la charla. Ha llegado Pepe Luis Vázquez y Joaquín Pareja; frente a la puerta del Príncipe, de la Maestranza, se nos despide. Van al campo, donde ya les esperan encerradas las bravas becerras de Concha y Sierra...

He aquí una razonable opinión ante el problema de las puyas. ¿Por qué no se resuelve también —viene a decirnos el rejoneador Joaquín Pareja— el problema de los picadores?

Nosotros, ante estas palabras de Joaquín Pareja, hemos meditado. Y he aquí de pronto un problema del que nadie apuntó el más ligero razonamiento.

¿Pero existe problema de picadores? Si existe este problema, como existe el de las puyas. Aunque los dos, para nosotros, sólo sea uno; porque tanto monta, monta tanto...

PACO MONTERO

AGUSTIN PARRA dando lecciones de buen torear en el campo salmantino

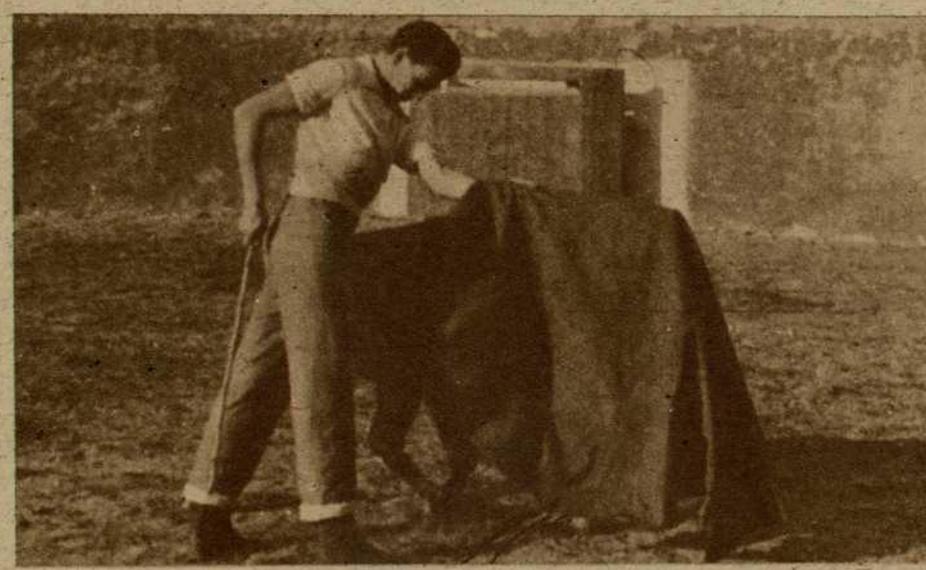
Parrita comienza la temporada en Castellón



Hay que enseñar al que no sabe. Parrita lleva la mano del chiquillo al compás de su temple y de su mando. El pase resultará perfecto

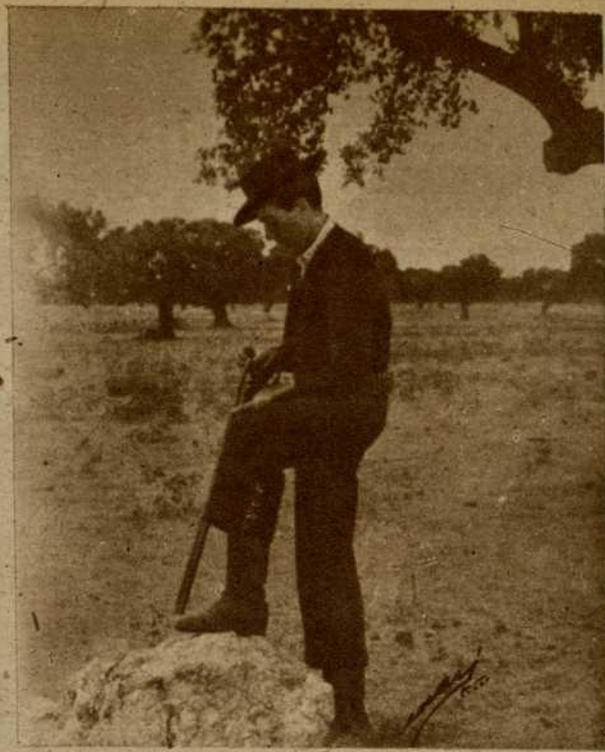
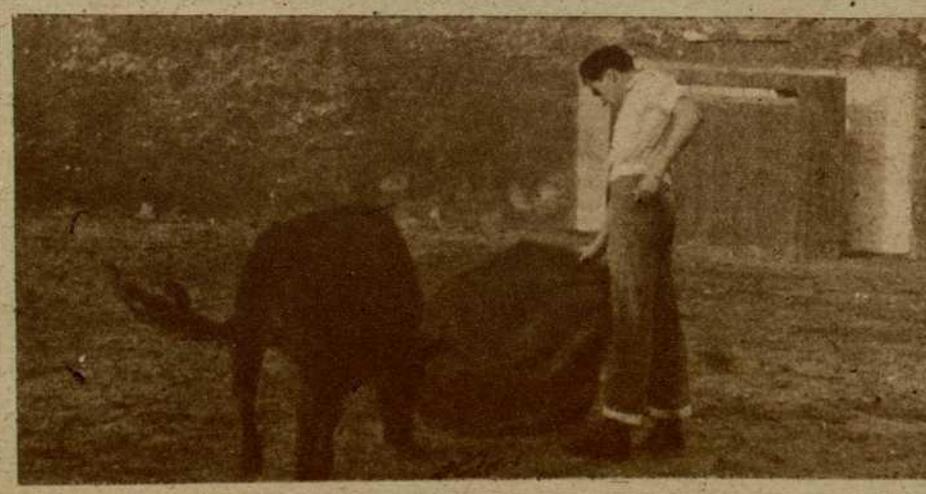


Ahora, Parrita deja correr la mano con lentitud maravillosa



Y el de pecho. Este pase que como nadie lo da Agustín Parra, Parrita

Y vuelta a empezar. El muletazo es largo, hondo..., de impresionante belleza.



Agustín Parra, Parrita

ESTE muchacho alto, que cuando habla lo hace lento y reposadamente, que huye de la sentencia y gusta charlar de cine, de fútbol... de todo, menos de toros, es el mejor torero de estos tiempos. Este muchacho, que al amanecer ya galopa por los campos salmantinos, y que al atardecer vuelve roto y cansado a la finca, está preparado para los más altos destinos de la Fiesta. Este muchacho, al que no se le ve por la ciudad, al que no se le encuentra jamás en cenáculo alguno, puede muy bien ser el diestro más enamorado de su profesión.

Este muchacho, seco y serio en los ruedos; este muchacho de la sonrisa infantil, cuando los clamores del triunfo le acompañan por todos los ruedos españoles, sólo puede ser uno...

Sólo puede ser Agustín Parra, Parrita, el muletero más largo, más hondo, más perfecto que tenemos en la Fiesta. Agustín Parra, Parrita, nada más y nada menos.

El torero madrileño se encuentra en el campo salmantino. De una finca a otra. El entrenamiento es fuerte y duro. Pero Agustín Parra es joven, tiene afición y tiene ganas. Además, él sabe que a los ruedos hay que salir en plenitud de facultades... y que la temporada está cerca, tan cerca, que Parrita abandonará Salamanca —en plena época de tientas— para vestirse de luces en Castellón.

—En realidad —me dice Parrita—, llevo mucho tiempo sin conocer el descanso. Cuando la temporada termina me voy al campo... y del campo vuelvo a los ruedos.

—¿Y no te aburre, no te cansa estar toreando todo el año?

—No. Cuando se tiene afición o vocación, como diría usted, a la profesión de uno, no es fácil el aburrirse o el cansarse. Yo soy enteramente feliz cuando toreo en los ruedos o cuando toreo en campo abierto. Es mi afición... y no digo mi única afición, porque también me gusta el cine.

—¿Qué vida haces aquí, en Salamanca?

—Pues me levanto muy pronto, me voy al campo en seguida y toreo todas las vacas y todas las becerrias que puedo. Me retiro pronto a descansar, y al día siguiente, vuelva a empezar.

—¿Dónde empiezas este año?

—En Castellón.

—¿Esperas con ilusión este momento?

—Sí... tengo ganas, verdaderas ganas de empezar.

—¿Será dura esta temporada?

—Yo creo que como siempre.

—¿Torearás mucho?

—Esa confianza tengo. Pero, exactamente, estas cosas no se saben ahora. Es muy pronto aún.

—Me han dicho que estás dando lecciones de torear en Salamanca...

—No. Yo no doy lecciones a nadie. Lo que pasa es que aquí hay un chiquillo que tiene afición, y como es tan pequesito, yo le ayudo para que no le haga daño la becerría. Eso es todo.

El ganadero, que asiste a la charla, consulta a su reloj y nos dice:

—¿Empezamos?

—Cuando usted quiera—contesta Parrita.

Y...

En la placita de campo, Agustín Parra deja correr su mano largamente, en el muletazo más hondo, más bello, más lento que cabe imaginarse...

CRUZ ERNESTO FRANQUET



Don Luis Videgain, actual presidente del Club taurino madrileño

Las agrupaciones taurinas, de aficionados a los toros, rara vez rebasan los límites de una «peña». A lo sumo, una tertulia permanente en esos viejos cafés que no tienen la prisa de «la barra» —conversación esquematizada y sin matices—. Generalmente, el aficionado no se reúne con otros aficionados sino en la Plaza en los días de corrida. Y capaz de realizar cualquier sacrificio profesional para asistir a su fiesta favorita, carece de disciplina para formar un núcleo en el que trabajar por la mayor brillantez del espectáculo, o simplemente a fin de unirse para defender los intereses de los espectadores.

Y así, no es de extrañar que mientras en Madrid, como en el resto de España, florecen las Sociedades deportivas de todo género, son rarísimas las que, consagradas por su cariño a la primera de las fiestas de España, consiguen alcanzar una vida próspera.

Cuando, no más allá de hace un par de años, un grupo de aficionados trataron de constituir el Club Taurino Madrileño, no fueron pocos los que les aconsejaron que desistieran de su empresa, que era, decían, superior a sus fuerzas, y que, con el fracaso inevitable, sólo el ridículo había de reportarles.

Pero Videgain y sus amigos, con su batallar incansable y su predicación continua, lograron llevar, si no el convencimiento, la vacilación favorable al ánimo de algunos centenares de aficionados que quisieron escucharles, y decimos algunos, porque en prin-

cipio no fueron muchos los que de buena gana les siguieron. El caso es que el entusiasmo de unos pocos hizo el milagro, y el Club comenzó a vivir.

Pero dejemos ahora que, al verificarse el primer aniversario de su constitución, sea su presidente, don Luis Videgain, quien nos hable de las vicisitudes y proyectos de tan simpática Sociedad.

—¿Quiere decirnos cómo surgió la idea de fundar el Club Taurino?

—Verá usted. Un grupo de amigos solíamos reunirnos en un café del paseo de las Delicias para conversar casi exclusivamente de temas taurinos. Con frecuencia, nos lamentábamos de que Madrid, Meca del toro, careciera de una entidad en la que, además de charlar de toros en sus reuniones, consiguiera impulsar, divulgar y mantener los intereses de los aficionados.

—¿Quién fué su primer presidente?

—Francisco Rabadán, a quien las «caricias» de los toros recibidas durante el periodo que fué banderillero, no consiguieron amen-



En el curso de conferencias organizado por el Club taurino madrileño, intervino con acierto el matador de toros Antonio Bienvenida

guar su entusiasmo por la fiesta.

—Y cuando Rabadán, por motivos de salud, dejó la presidencia, pasó usted a ocuparla, ¿no es así?

—Cierto; coincidiendo con la inauguración de nuestros actuales locales en la Carrera de San Jerónimo.

—¿Qué actividades han desarrollado hasta la fecha?

—Desde nuestra constitución —diciembre del 45— iniciamos un ciclo de conferencias con ánimo de mantener el «fuego sagrado» de la afición. Y por nuestra tribuna han desfilado figuras destacadas, como José María Cossío, Curro Meloja, Antonio Bienvenida, Chavito, Rafael Duyos, De Diego, Díaz-Cañabate, Ramos de Castro, García Rojo y Bellón, entre otros. En este segundo ciclo nos han prometido su valiosa aportación don Manuel Casanova, K-Hito, Albaicín, Mario Cabré, Jiménez Guinea...

—¿Piensan montar, a semejanza de otros Clubs taurinos de provincias, alguna corrida anual?

—Pretendemos montar una, con indudables atractivos, para la próxima temporada, sin por ello desdeñar la celebración del segundo festival de noveles, a base de seis muchachos,

uno por barrio, a fin de cumplir con nuestro esencial postulado de apoyar y favorecer a los que se inician en la profesión taurina.

—¿Cuentan con muchos toreros entre sus asociados?

—Algunos nombres muy prestigiosos del actual escalafón de matadores y subalternos podría enumerarle como asociados entusiastas y disciplinados; pero, por desgracia, son muchos más lo que hasta la fecha aparentan desconocer la existencia de nuestro Club, sin querer darse cuenta de que a ellos más directamente que a otros, les puede reportar algún beneficio el acudir a engrosar nuestras filas.

—¿Qué otros proyectos tienen ustedes?

—Llevamos muy adelantados los preparativos iniciales para acometer la empresa de montar por nuestra cuenta la instalación del Museo Taurino Permanente. Causa sonrojo comprobar cómo hasta la fecha nadie ha hecho suya esta idea, que desde hace tiempo es una realidad en capitales como Sevilla y Valencia. Hasta tanto consigamos dar cima a esta labor, proyectamos verificar Exposiciones parciales, a base de cuantas manifestaciones artísticas guardan relación con la brava fiesta española. Posiblemente sean los pintores Caldentey y Saavedra y el escultor Antonio Navarro los primeros en ofrecer en nuestra galería de arte las primicias de sus obras.

—Excelentes proyectos. Y volviendo al tema de las conferencias, ¿están ustedes contentos del éxito alcanzado?

—¿Cómo no estarlo, si necesitaríamos un salón de doble o triple capacidad para contener a los innumerables oyentes? Asegurado el éxito de esta clase de disertaciones, y sin desatenderlas, ni mucho menos, pretendemos simultanciarlas con temas de controversia, en los que pudieran intervenir cuantos elementos se considerasen directamente interesados.

—Esos certámenes de crítica entre los taurinos es-

Presente y esperanza del Club Taurino Madrileño

Además del segundo festival de noveles, el Club pretende organizar, durante la primavera, una corrida de toros. El Museo taurino permanente es otra de sus inmediatas aspiraciones

tán haciendo mucha falta. ¿Qué asuntos comenzarían a abordarse?

—Por lo pronto, uno que EL RUEDO, con gran tino, altura y oportunidad, ha venido desarrollando: el problema de las puyas. Nadie mejor que los picadores para que desde nuestra tribuna traten de un tema que tanto les afecta, en lugar de discutirlo inútilmente en las sobremesas del café. En otras ocasiones, podrían hacerlos los banderilleros para hablar del segundo tercio, o los novilleros, más necesitados de protección que nunca. En fin: temas interesantes no faltarían.

—Cambiano un poco el rumbo de la charla, ¿usted qué opina del público actual?

—Que de la misma manera que el torero que desconozca los secretos de la lidia no podría cumplir con su deber, tampoco los espectadores cumplen con el suyo por no habérselo aprendido.

—Respuesta que está pidiendo una ampliación.

—Generalmente, el torero suele sentir el peso de su responsabilidad. Sabe que al menor desliz o al más nimio amago de ineptitud o echarría, el público se lo advertirá con el expresivo lenguaje de «la bronca», al tiempo que la crítica imparcial le dedicará al día siguiente un juicio adverso...

—Pero, hasta ahora, no veo adónde va usted a parar.

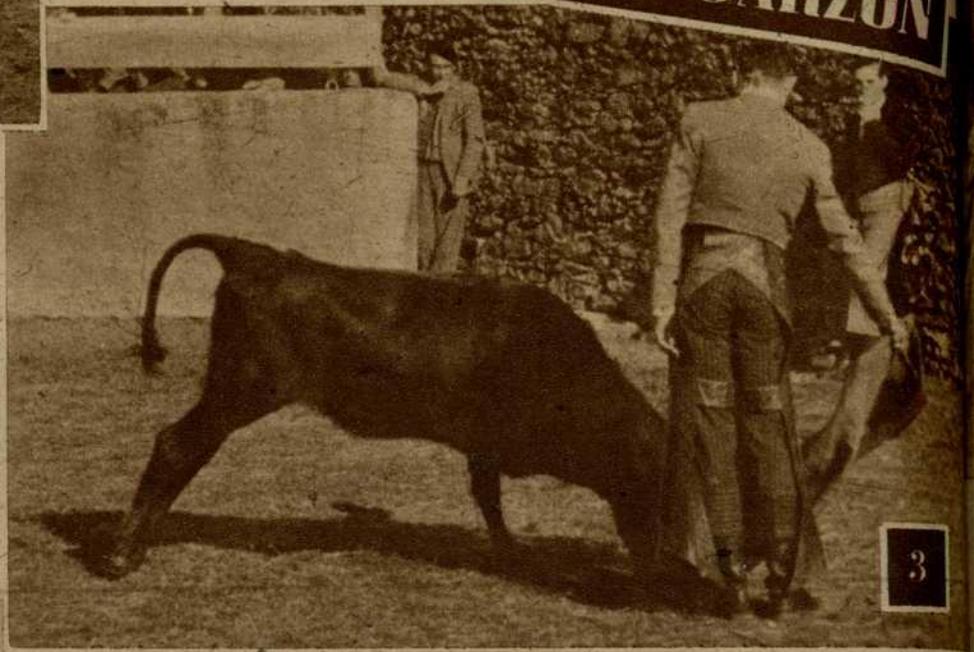
—Ahora lo verá usted. El espectador de nuestros tiempos, desprovisto de toda preparación taurina, sabe, en cambio, que su actitud ha de pasar inadvertida en el mejor de los casos, cuando no consigue imponer sus erróneas apreciaciones sobre las de los espectadores competentes y experimentados. Para aquellos despistados aficionados, no estaría mal su concurrencia a las conferencias del Club Taurino, en la seguridad de que no perderían su tiempo.



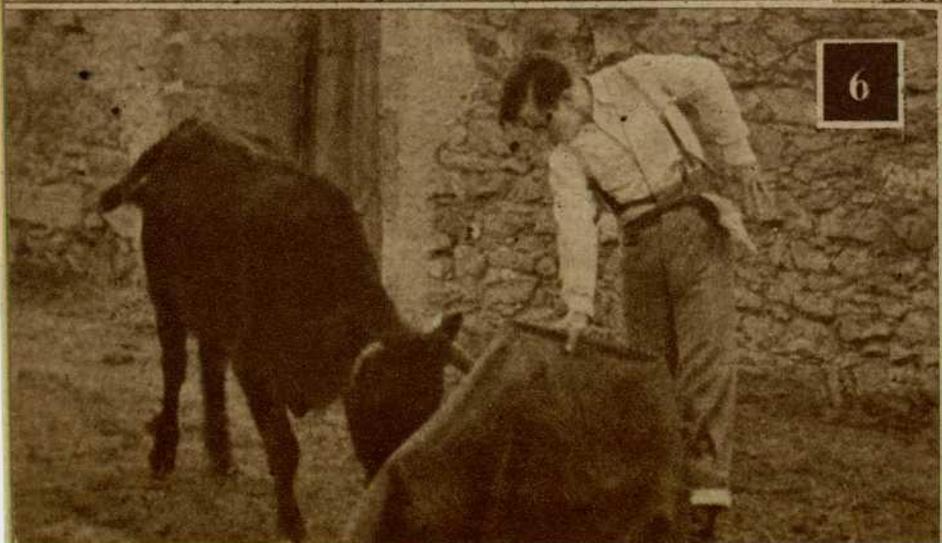
El presidente honorario del Club, José María Cossío, que dió una interesante conferencia

EL TORO EN EL CAMPO

Tienta, en Pozos de Hinojosos,
de becerras del ganadero
MANUEL FRANCISCO GARZON



1.—El picador Matias tentando una becerro. 2.—Antonio Bienvenida en un natural. 3.—Angel Luis Bienvenida en un natural con la derecha. 4.—El novillero Pedro Vigil también toreó por naturales. 5.—Juanito Bienvenida toreando a una becerro. 6.—Un muletazo de Vicente Fauró. 7.—Toreros y aficionados que asistieron a las operaciones de tienta (Fotos de Ortiz)



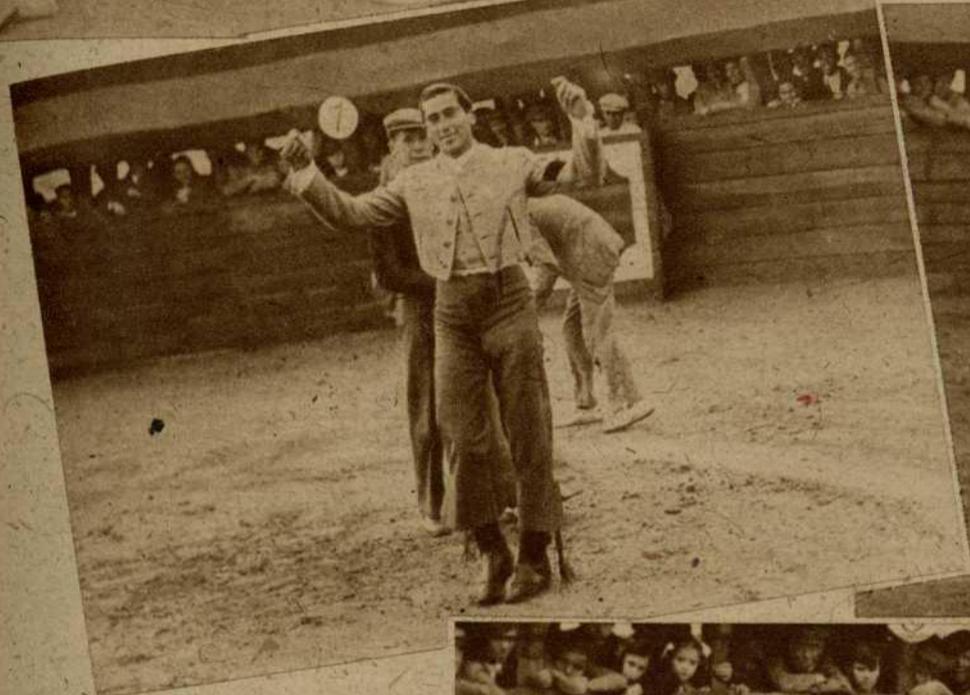
FESTIVAL EN PATERNA DEL CAMPO

**Manolo, Rafael y Pepín Martín Vázquez
CON RESES DE CARLOS NUÑEZ**



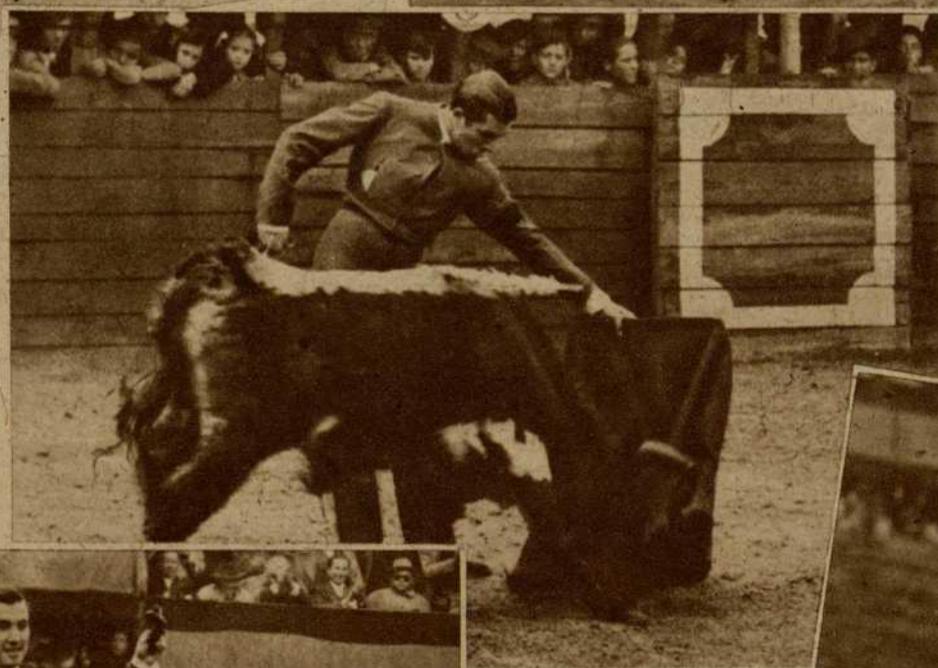
Los hermanos Manolo, Rafael y Pepín Martín Vázquez han tomado parte en un festival benéfico celebrado el domingo en Paterna del Campo. Las cuadrillas, dispuestas a hacer el paseo

Manolo se deja llevar al de Núñez en un buen par de banderillas



Al terminar su faena de muleta, es ovacionado y da la vuelta al ruedo

Como su hermano Manolo, da la vuelta al ruedo y exhibe los trofeos que le han sido concedidos



Pepín se lució con los novilletes que le correspondieron. Las fotografías recogen el momento de un remate con la capa y un buen natural con la izquierda



Rafael Martín Vázquez se dobla con el novillo en un pase por bajo
(Fotos Serrano)



PREGON DE TOROS

Por JUAN LEON



LES ha llegado su turno a los interesados en que se trate aquí el tema de la abusiva y desordenada concesión de orejas, rabos y patas. «Raro es —me escribe un comunicante— el matador de toros o novillos que no puede organizar su propaganda a base de unas fotografías en las que da la vuelta al ruedo enarbolando en ambas manos los horrendos despojos que tal día y en tal Plaza se le otorgaron por su brillante y artística labor.» Esto es, sin duda, un Evangelio taurino, bastante desvalorizado por cierto, porque además, como agrega el mismo comunicante, «no suelo decirse en qué Plaza tuvo lugar el apoteósico acontecimiento, y la fotografía procura disimularla».

Carece de importancia el ingenuo ardid publicitario, porque la verdad es que ninguno de los más interesados

—Empresas y público— pica en el anzuelo. Pero tiene otro aspecto la cuestión, en el que insisten con unanimidad mis comunicantes, y es el de qué sistema puede propugnarse para otorgar los ya habituales símbolos del «mérito taurino» con verdadera justicia.

Para estos, amigos míos, habría que dictar alguna disposición, porque aunque ustedes equivocadamente creen que existe, el Reglamento vigente no dispone nada, ni al referirse al público ni a los diestros ni a la presidencia. Puede desprenderse tan sólo —muy vagamente, desde luego— del espíritu que informa el capítulo segundo, su capacidad para complacer al público, concediendo éstos o aquéllos trofeos en evitación de escándalos. La costumbre ha consagrado que cuando la mayoría de los espectadores, arrastrados por el entusiasmo que les ha producido la labor de un diestro, agitan en el aire sus pañuelos, el presidente autorice el corte de una oreja; que cuando esa misma mayoría insiste en idéntica manifestación y grite: «¡Dos...! ¡Dos...!», la máxima autoridad de la Plaza consienta la doble amputación, y que si el entusiasmo desbordado continúa, llegue a autorizarse la casi total mutilación del toro.

Así, pues, quien de verdad, por lo menos teóricamente, regula tales concesiones, es el respetable público. El presidente, tantas veces aburrido de su cargo, porque su calidad, en general, de buen aficionado —señores Sánchez-Gracia, Caruncho, Plaza, etc., por ejemplo, en Madrid— repugna tales excesos, saca su blanco pañuelo; después de consultar con amplia mirada los tendidos para convencerse de la importancia del popular plebiscito, lo hace tan sólo para evitar los descortesos denuestos e impropiedades que suelen suceder a su negativa.

No creo que exista una posibilidad de arreglo en tal cuestión, ni tampoco que sea absolutamente necesaria. Con disposición reglamentaria o sin ella, seguirían produciéndose las discrepancias que antes he señalado. El Reglamento de los mejicanos sí tiene un artículo que se ocupa del asunto, en virtud del cual el presidente decide, cuando hay petición —concesión a la democracia—, según su juicio —concesión a la autoridad—; pero los críticos no se andan muy conformes con el sistema, y mil veces censuraron lo mismo al público que se entrega desorientado al entusiasmo, que al presidente que abusa de su autoridad, y solicitaron una nueva reglamentación para conceder los tan anhelados trofeos. Y tan dura llegó a ser la campaña de los críticos, que se estudia ya, en la nueva reglamentación, otro sistema, por el que se conceden al presidente —¡oh, democracia!— todas las facultades.

Lo cierto es, amables comunicantes, que se muestran todos como excelentes aficionados, que no hay nada dispuesto sobre el caso que me consultan y que poco importaría que lo hubiera. Ustedes conocen, les consta, que algunos diestros —no hay para qué citar nombres— que se hartaron de cortar orejas en Madrid, no pasaron de medianos, mientras otros, que no lograron otro tanto, y a los que incluso se les obligó a arrojar al estribo las que ya habían cortado por decisión presidencial, alcanzaron los más altos puestos.

EL PLANETA DE LOS TOROS BRONCA EN MEJICO

HUBIERA dado algo por presenciar la corrida celebrada en Méjico el 19 de enero. Ya saben ustedes lo que pasó. Una bronca de bastante consideración. Una bronca «a modo». Confieso mi pasión por las broncas taurinas. Son infinitamente más divertidas que muchas de esas faenas de naturales y vengan naturales, y en los intermedios veinticuatro rechazos, unos mirando al tendido y los otros como si el torero no toreara para el público, sino para un fotógrafo amigo suyo, que está entre barreras. Todo esto es monótono y pesado y nada emocionante. En cambio, una buena bronca, bien desorganizada, nos hace felices, siempre y cuando seamos meros espectadores de ella. Nada de exponerse a multas, detenciones y puñetazos. No; muy quietecitos en nuestra localidad y a no perderse detalle.



La de Méjico fué de las buenas, buenas; de las que se ven pocas. Según «El Tío Carlos», cronista del acontecimiento, las causas fueron tres: la pequeñez y mansedumbre de los toros de San Mateo; la mala actuación, la intemperancia y el «histérico descontrol» de Lorenzo Garza; la inhábil y torpe conducta de las autoridades. La cosita ocurrió en el sexto toro. Un picador le dejó enhebrada la garrocha en una costilla, y el toro se desolló al golpear con el palo contra las tablas. No contentos con eso, los asesinos de toros volvieron a meter palo, y barrenaron con ganas de provocación. ¿Se dan ustedes cuenta? ¿Qué iba a hacer el público? Pues indignarse, como era su deber. Y entonces, va Garza a «quitar, con teatralidad». Y se la gana. Y le chillan que no torea. Y él «plega el capote con aire de reto». Para que sepan ustedes lo que siguió a este reto, utilizaré la descripción de «El Tío Carlos», porque no tiene desperdicio: «Se desató la lluvia de cojines. Garza, entonces, buscó —como es su costumbre— algún espectador con el que hacer ríña personal. Y lo halló en uno de barrera de sombra que le lanzó un cojín con mucha puntería. Hacia él se dirigió el diestro, totalmente descompuesto, y lanzándole insultos, penetró en el callejón y trató de subir por un burladero hacia la barrera, conforme profería reniegos y bravatas. El espectador tomó otro cojín y lo lanzó a Garza, que entonces, ya perdido totalmente el control, fuese a donde estaba su hatillo de arreos de torear y sacó un estoque para herir con él a su contendiente. Policías y mirones detuvieron al basilisco, mientras su cuadrilla entera se lanzaba al asalto sobre la barrera de primera fila. El Flaco, Valencia y Musera llegaron hasta arriba, y fueron contenidos por la Policía.»

¿Eh, qué tal, sería divertido aquello o no? Pero no paró ahí la cosa. He aquí la reacción del público: «Cayeron todos los cojines; siguieron las fogatas; luego, la destrucción de anuncios, del reloj, de los reflectores y de los cables de la luz.» Nada más. La salida, de la Plaza, de Garza también merece que la conozcan ustedes sin perder nada: «Descompuesto el rostro, en el que se pintaban en surcos pálidos la impotencia, la ira y el temor; empujado por los policías y forcejeando como un desesperado. Sobre su cabeza, el sordo golpear de los cojines y el clamoreo de una multitud defraudada. Salió como salen los simuladores.»

Felicito a «El Tío Carlos» por estos trozos literarios. Parece que está un viendo «los surcos pálidos»; parece que oímos «el sordo golpear de los cojines». En lo que me permito discrepar es en lo de calificar a Garza como simulador. Por lo leído, si le dejan, le arrea una estocada al espectador de la buena puntería, que rueda sin puntilla.

A Garza se lo llevan a la cárcel. Allí va a verle un periodista a preguntarle su opinión sobre la corrida. La contestación de Garza no es más que ésta: «¿Qué me digo hoy? ¡Psch! Nada; que si los toros hubieran salido tan bravos como el público, otra cosa hubiera sido.»

¡Caramba con Garza! ¿Conque un simulador, eh, «Tío Carlos»?

El periodista describe la celda que ocupa el preso y dice que es la de los chófers y de los revendedores. Y añade: «Varios de éstos estaban sentados por ahí, sobre los bancos de cemento, mirando, sorprendidos, al torero.» Al periodista acompaña el mozo de estoques de Garza, y al despedirse le dice a don Lorenzo:

—Bueno, mataor, mañana le traeremos el desayuno.

—Trae para toda mi cuadrilla —contesta Garza, señalando a los demás presos.

Lorenzo Garza nunca ha sido un buen torero. Aquí, en España, sí que fué un simulador. Simulaba que mataba con un pañuelo. A la gente le gustó esto. Y se hizo rico. Y ahora, pues ya ven ustedes las que arma en su país.

ANTONIO DIAZ-CANABATE

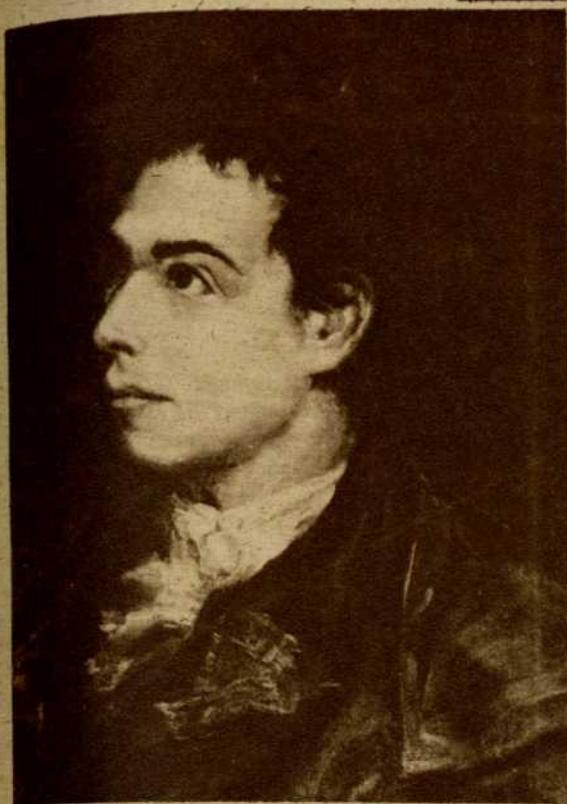
BLENOCOL

Protege al hombre

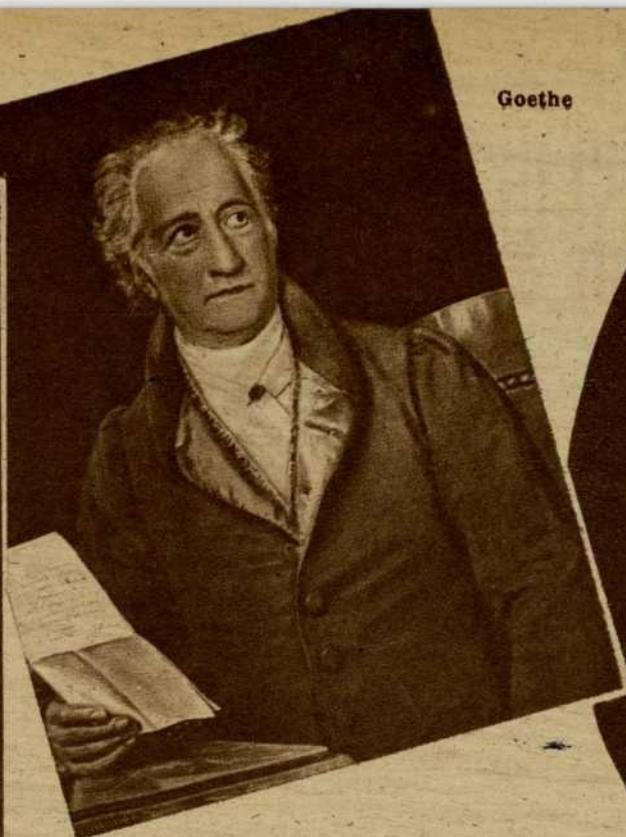
BLENOCOL es un producto registrado; rechace todo profiláctico que no lleve la marca BLENOCOL



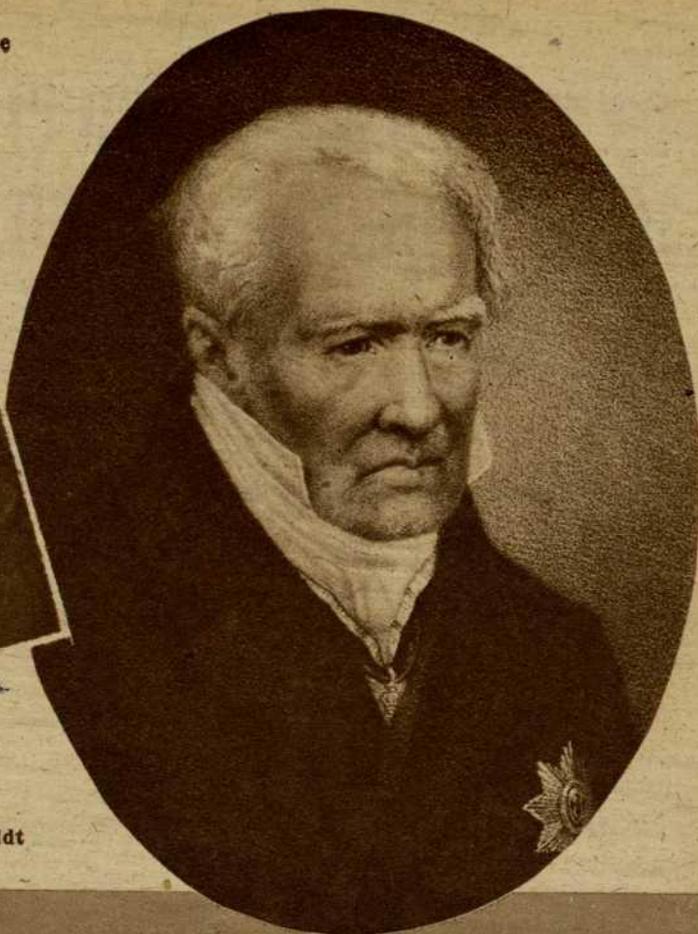
Joaquín Rodríguez, Costillares



Goethe



Alejandro Humboldt



El recurso del tablón

NO sé si nos damos cuenta de que ese poder de ennoblecer las cosas que tiene el recuerdo va precisamente en contra de los casos presentes, dignos de estima y consideración; y que si bien el elogio que hacemos de lo pasado es inofensivo e inoperante, y cultiva una cierta estética del recuerdo, en cambio es nocivo, y sobre todo injusto, al contrastarlo involuntariamente con el presente.

Todo esto viene a cuento de las ponderaciones que constantemente oímos a aficionados proveyectos de las maravillas, heroicidades y hazañas de los toreros pasados, y de la fiereza, poder y tamaño de los toros, en contraste con la mandanga e indecoro de los lidiadores del día y la pequeñez e inofensividad de los toros de hoy.

No he de entrar ahora en la aquilatación de lo que el contraste de recuerdos y realidades actuales tenga de depresivo para nuestros tiempos; pero me parece instructivo y divertido aportar un testimonio curioso de cómo se han dicho siempre, aproximadamente, las mismas cosas y atribuido a diestros y participantes en la fiesta taurina análogas mañas y fulleras.

A fines del siglo XVIII viajaba por España el gran viajero y naturalista Alejandro Humboldt. Recorrió el país vasco, las Castillas y Andalucía. El gran Goethe, curiosísimo de los países meridionales, Italia y España especialmente, le encarga informes sobre nuestra Patria, sobre su naturaleza, sus adelantos y sus costumbres. Humboldt no llegó a redactar su viaje por España, pero se conservan los apuntes tomados en su tránsito por nuestra Patria, rápidas impresiones, imprecisas, de una sinceridad absoluta, que habían de servirle para reconstruir el relato de su peregrinación.

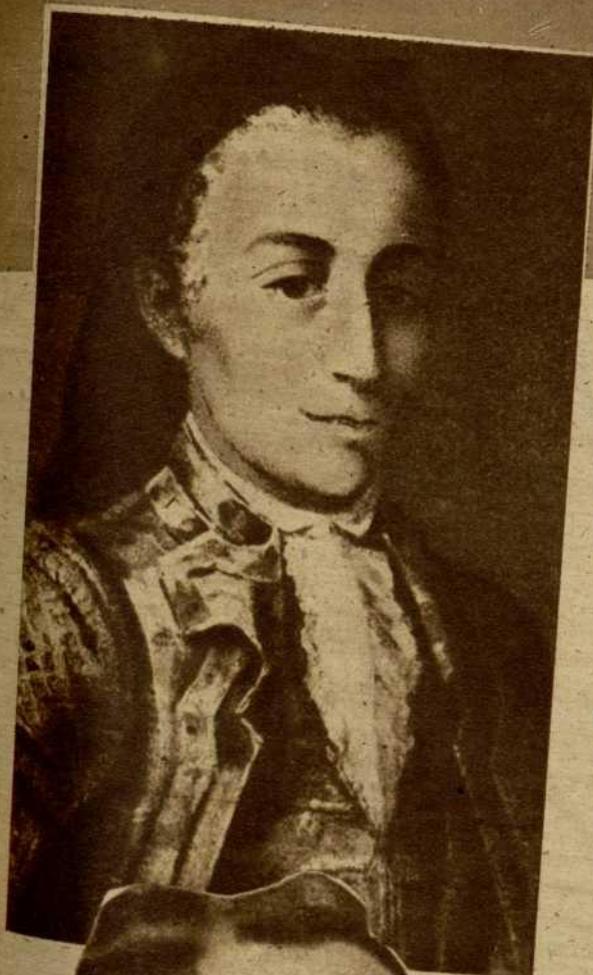
Andalucía le impresionó particularmente, y de Andalucía, Cádiz le entusiasmó. Conoció en esta ciudad a un suizo llamado Achard,

establecido en España hacía tiempo, y, como tantos extranjeros, sumamente aficionado a los toros. El hablar de toros era su mayor placer, y Humboldt no tuvo más remedio que sostener estas conversaciones de un tema del que nada entendía y que escasamente le interesaba. Eran los tiempos de Costillares, Romero y Pepe Hillo. No creo que al aficionado más exigente dejen de sonarle estos nombres a época de oro de la tauromaquia. A ella han de referirse consejas y leyendas de valor y de bizarría increíbles. Pues bien: el buen Achard estaba verdaderamente indignado. La fiesta de toros caminaba a su fin, y ello por culpa de las imposiciones de los toreros y por las malas artes de sus encargados, que cometían todo género de desafueros para aminorar riesgos y preparar éxitos. Un día le relató a Humboldt que se había enterado de que antes de salir a la Plaza echaban sobre los lomos de los toros un gran peso, para restarles fuerzas y peligros; y el buen Achard clamaba, indignado, contra tal abuso.

He aquí el famoso recurso, que llaman hoy del tablón, y que muchos supondrán invención moderna, practicado en pleno siglo XVIII. Nada hay nuevo; y seguramente no lo es, no ya la invención de este recurso ilícito, sino la murmuración de su práctica, que se exageraría entonces como ahora.

He querido contar el caso para contribuir a deshacer la leyenda de que todos los males y abusos en el toreo son de origen moderno, y hasta determinado, y que los antiguos tan sólo legales heroicidades practicaban. Es regla, jamás contradicha, la de la menor resistencia, y en el toreo se ha practicado siempre, y en mayor proporción que en cualquiera otra actividad. Como que en el trance se juega la vida, a más de la fama y el dinero.

JOSE MARIA DE COSSIO



Pedro Romero



Pepe Hillo

Lo que nos ha dicho el primer albacea testamentario de don Eduardo Pagés

La sentencia dictada hace pocos días por los magistrados que componen la Sala de lo Civil de la Audiencia Territorial de Pamplona —resolución judicial de la que dimos una referencia en nuestro último número—, reponiendo en sus derechos de explotación de la Plaza de Toros de San Sebastián a los herederos del que fué popular empresario, don Eduardo Pagés, ha sido durante la semana pasada el tema de todas las conversaciones en los medios taurinos.

El circo taurómico de la bella Easo, hermoso edificio estilo árabe, erigido en las estribaciones del monte Ulía, y que, gallardo y majestuoso, se eleva al final del pintoresco barrio de Gros, volverá de nuevo a ser regentado por los legales representantes de los citados herederos.

Por cierto, que coincidiendo con el final de la jurídica contienda, falleció en Sevilla, en las circunstancias ya conocidas, Emilio Torres, Bombita, el único superviviente, hasta tal momento, de los tres espadas que inauguraron el citado coso taurino el 9 de agosto de 1903, cosa que Bombita hizo sustituyendo a Reverte, anunciado éste con Mazzantini y Lagartijo Chico, para entenderse con nueve astados de Ibarra.

De cuantas Plazas explotaba en vida el señor Pagés, sentía por la de San Sebastián un gran cariño, entre otras cosas, porque la consideraba como una continuación de la madrileña, al asistir a las famosas corridas de la feria agostea la flor y nata de los aficionados de nuestra Villa, ante los que los toreros que aquí habían triunfado tenían allí que confirmar sus éxitos, no siendo pocos, como sucedió con Vicente Pastor, los que en el circo donostiarra levantaron su cartel, perdido en el de la carretera de Aragón.

Noticiosos de que uno de los albaceas testamentarios se hallaba en esta capital, y con el propósito de ofrecer a nuestros lectores alguna noticia relacionada con el pleito fallado, nos dedicamos a su búsqueda, hallándole en un café céntrico, muy popular y concurrido en las últimas horas de la mañana por los más destacados personajes del taurinismo.

Don Joaquín Martí Lupiani, primero de los tres albaceas nombrados en su última voluntad por el célebre empresario, es malagueño, enjuto; se expresa con exquisita corrección, y al margen del tingladillo tauromáquico, era en vida de Pagés su administrador, y persona de ilimitada confianza.

Al conocer nuestro deseo hallábase rodeado de varios apoderados. Unos le felicitan por la recuperación de sus derechos, y otros, después de hacerlo, tratan, con esa habilidad tan característica en los hombres de negocios taurinos, de conocer sus proyectos, con vistas a la próxima temporada.

—Desde el primer momento estuve en la creencia —empieza a decirnos el señor Martí Lupiani— que en este litigio, que tanto apasionó a los taurinos, estaba toda la razón de parte de los herederos de mi inolvidable amigo el señor Pagés.

Perdido en Primera Instancia el juicio sobre interdicto de recobrar, que tuvimos que promover al despojarnos la entidad propietaria de la Plaza de su explotación, arrendando el inmueble al señor Martínez Elizondo, al interponerse recurso de apelación contra el fallo que en principio nos fué desfavorable, no perdí el optimismo, y estaba seguro de que la Audiencia de Pamplona revocaría la resolución del Juzgado de San Sebastián, en los términos que son del dominio público.

—Pero, contra esta sentencia, ¿interpondrán, seguramente, recurso ante el Tribunal Supremo?

—No puede hacerlo la parte contraria, porque, dada la índole del procedimiento seguido, la resolución es definitiva e inapelable.

—¿Así es, que dentro de poco, estarán ustedes en posesión de la Plaza?

—Tan pronto como la Audiencia devuelva los autos al Juzgado, éste, en ejecución de sentencia, nos dará nuevamente, como arrendatarios, posesión del inmueble. Así lo tendrá que hacer la Sociedad Anónima Nueva Plaza de Toros de San Sebastián, de la que es presidente don Felipe María Pérez Hormasaba, persona dignísima, con la que siempre estuvimos en buenas relaciones, a pesar del distinto criterio sostenido en la cuestión.

—Condenada tal entidad a indemnizar a los herederos de los perjuicios causados, ¿a qué cantidad cree usted que pueden ascender?

—Cosa es ésta que aún no hemos fijado los albaceas, lo que se hará de acuerdo, naturalmente, con nuestro abogado don José María Cid, a quien estamos agradecidísimos todos, herederos y albaceas, por su brillantísimo triunfo forense.

—¿Quiénes son los herederos del señor Pagés?

—Su hija Carmencita, su hermana doña Rosa y su sobrina doña Augusta.

—¿Cuándo termina el contrato que ha sido objeto del litigio?



La Plaza de Toros de San Sebastián en día de corrida

El popular empresario don Eduardo Pagés con su primer albacea testamentario, don Joaquín Martí Lupiani

—El año 1949.

—Entonces, ¿continuará como empresario el señor Martínez Elizondo, ya que se le ha declarado tercer poseedor de buena fe?

—Mucho ha de llover hasta entonces, y por consiguiente, es prematuro hablar de ello, aunque existe legislación sobre prórroga de contratos.

—¿Cuántas Plazas tienen ustedes, además, en arrendamiento, en virtud de los contratos celebrados por los propietarios de aquellas con el señor Pagés?

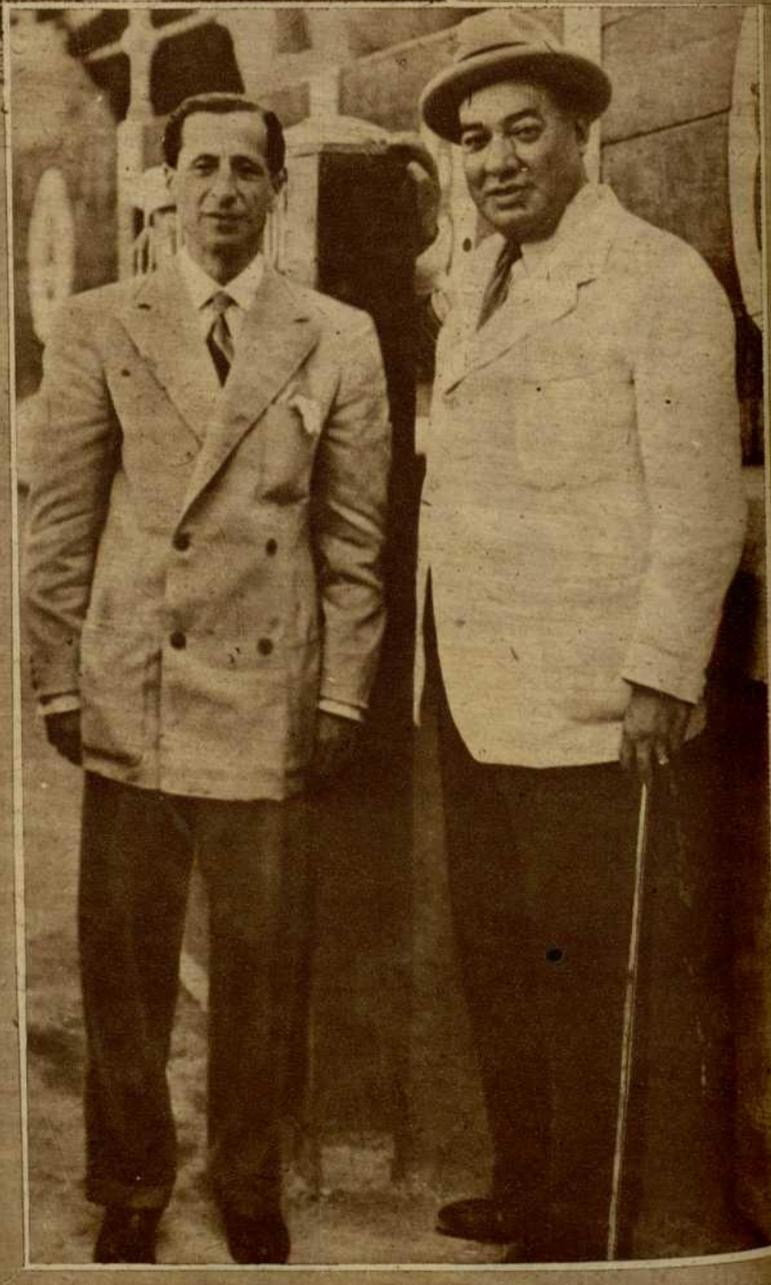
—Sevilla, Valladolid y Salamanca. Ahora hemos de hacer valer los derechos que tienen los herederos para la prórroga de la de Gijón.

—¿Proyectos para la temporada de San Sebastián?

—Aun es pronto. Primero he de cambiar impresiones con los otros dos albaceas: don Manuel Belmonte y don Daniel Argomániz, dos de los mejores amigos que tenía Pagés, y competentísimos en este negocio de toros, en el que me he visto metido porque el Destino así lo dispuso. Los tres nos hallamos compenetrados en la defensa de los intereses de los herederos, y desde luego, a San Sebastián llevaremos los mejores toros y toreros.

—¿Verá este año la afición donostiarra a Manolete y Arruza?

—Estamos en muy buenas relaciones con sus apoderados Camará y Gago; pero siguiendo la costumbre del señor Pagés, hasta después de celebradas las corridas



de la feria sevillana no haremos ninguna negociación a fondo, por cuanto a San Sebastián se refiere.

—Y ya que hemos hablado de Sevilla, ¿tienen ustedes organizados los carteles para la próxima feria abriena?

—Se han hecho públicas varias combinaciones, y si bien es cierto que se han cambiado impresiones con los apoderados de algunos diestros, aun no hay nada en concreto.

—Mas, volvamos al motivo de este reportaje. —¿Sabe usted lo que se precisa para ganar un pleito?

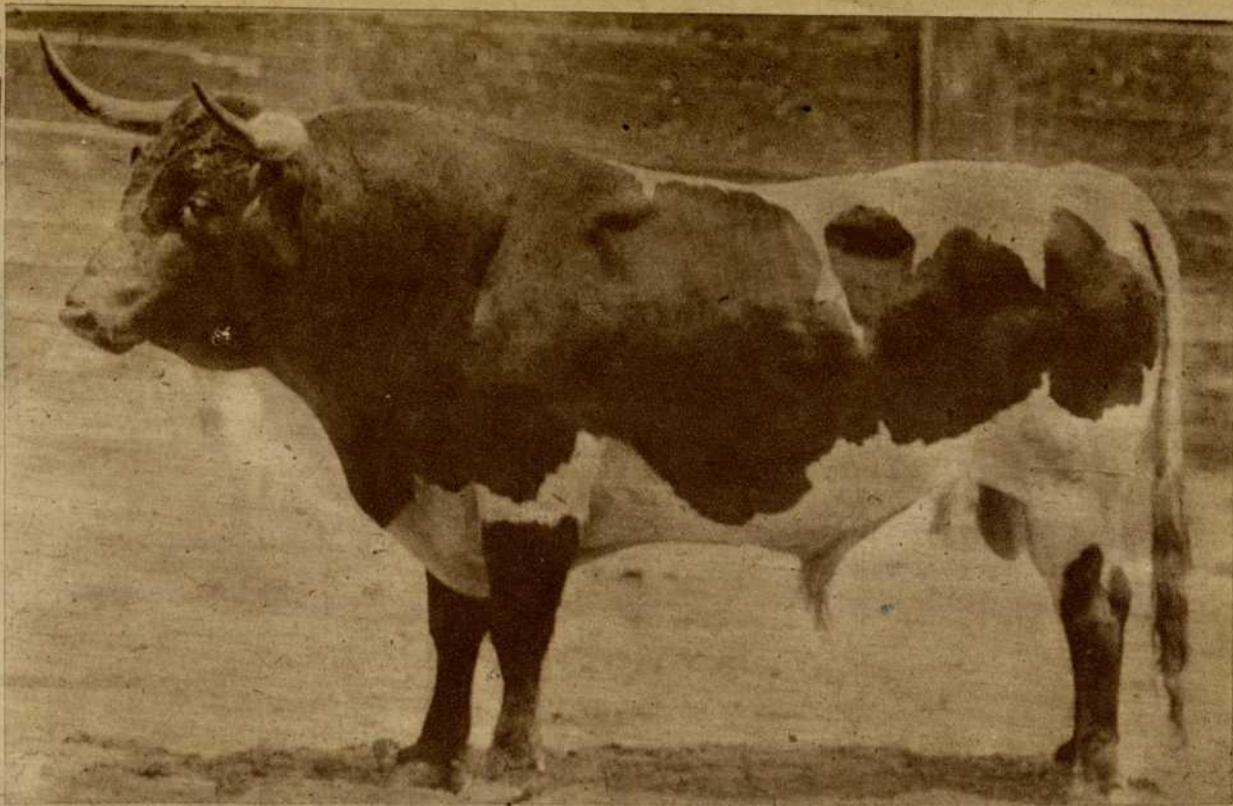
—Tener razón, saberla pedir y que se la quieran dar.

—Pues nosotros la teníamos; el notable jurista consulto señor Cid ha sabido pedirla, y la Sala de lo Civil de la Audiencia de Pamplona, procediendo en estricta justicia, ha dictado una sentencia con la que ha puesto de manifiesto que hoy, más que nunca, con el actual régimen, existe verdadera independencia del poder judicial.

DON JUSTO

LOS TOROS

¿QUÉ ES EL BUEN TRAPIÓ?



Hermosa planta y conjunto perfecto el de este toro, Presumido de nombre, con el que el 5 de abril de 1920 confirmó la alternativa en Madrid Ignacio Sánchez Mejías. Arrogancia, fortaleza, tipo, finura, excelentes formas; en una palabra, «buen trapío»

REQUISITO indispensable en el toro de lidia es el buen trapío. Y esta particularidad, que en no lejanas épocas fué norma y orgullo de los ganaderos de antaño, se ha hundido —como tantas otras cosas— entre las turbias aguas del confucionismo, la cuquería y el desmesurado afán de lucro que, desgraciadamente, imperan y presiden en la fiesta.

¿Qué significará eso de trapío?—se preguntarán muchos «aficionados» de ahora, a los que la sugestión torerista les veda preocuparse de más detalles que no sean la sistemática y, a veces, arbitraria alabanza de su ídolo.

Pues, distinguidos amigos, el aspecto físico del toro, su lámina o estampa es lo que constituyen el trapío. Y esa, como si dijéramos fachada, envoltura externa de una res, la que determinan su buen o mal trapío.

El toro de lidia, independientemente de otras cualidades, debe tener, en primer término, buenas formas o, lo que es lo mismo, buen trapío.

Pero, ¿cuántas reses salen hoy en día a los ruedos que por su forma externa merezcan tal calificativo? Muy pocas.

La cría del toro bravo —capricho, lujo, afición en otros tiempos— ha derivado por sendas más vulgares y productivas, convirtiéndose en un ne-

gocio cualquiera. Y al mercantilizarse hasta lo indecible ha perdido —con gran contento de algunas privilegiadas coletas, y quizá por exigencia de éstas— aquel sabor, aquella escrupulosidad y aquel amor propio que caracterizaban a los antiguos y auténticos ganaderos, más atentos a la presentación de magníficos ejemplares que al importe en metálico de los mismos. La íntima satisfacción de lo que criaban y la seguridad de lo que corrían en las Plazas —sin doblegarse ante vetos e imposiciones— representaban el principal estímulo de su profesión; el precio de venta de las reses era lo accesorio. ¡Lo que va de ayer a hoy!

En fin, no divaguemos en torno a esas modernas «circunstancias» —agradables circunstancias del esmirriado utrerillo— que, desde hace siete u ocho años, vienen «impidiendo» a los criadores dar animales con edad y presencia de toros, porque de ello habría mucho que hablar. Así, pues, contengamos la pluma que se desboca sobre las cuartillas, y vayamos derechos al nervio de este artículo.

Todos los Reglamentos para la celebración de las corridas de toros se preocuparon de incluir

en su articulado, aunque muy a la ligera, este punto del trapío.

Por ejemplo: el Reglamento vigente, en el artículo 30, al hablar del reconocimiento, especifica que «versará sobre la sanidad, edad y peso aparente, defensas y utilidad para la lidia, y, en general, sobre todo lo que el tipo zootécnico del toro de lidia requiere».

Más categórico y terminante, a nuestro juicio, fué el artículo 26 del anterior Reglamento de 1924, al consignar que «los subdelegados de Veterinaria rechazarán todos aquellos toros que tengan cualquier defecto en la vista, viciosa armadura, se resentan de remos o estén faltos de tipo, entendiéndose por tal el que es característico de las reses de lidia, y por faltas, aquellas que, afectando a su presentación, hagan aparecer la res evidentemente ridícula o deforme».

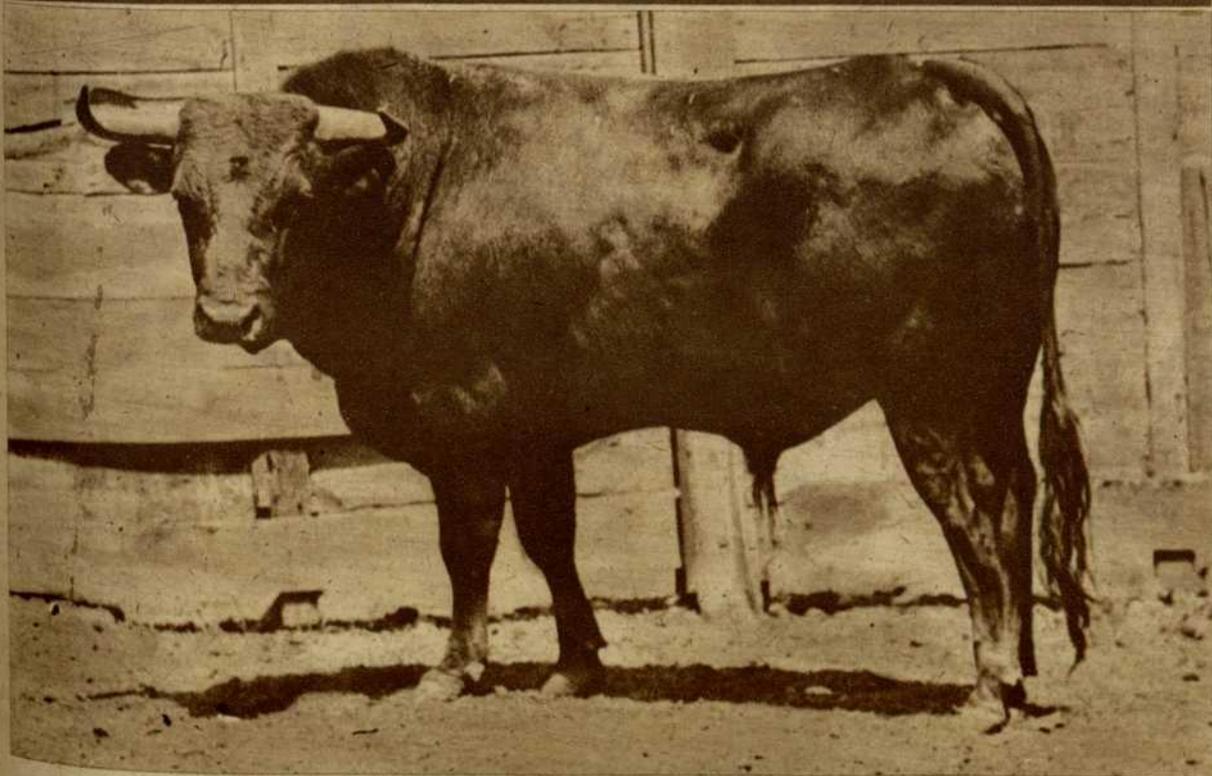
Ahora bien: en el trapío de los toros no influye su pinta o pelaje ni aquél se mide por el mayor o menor volumen de las reses. Porque dentro de la misma casta, y según la región de procedencia, hay toros con igual edad más chicos y recortados que otros, con menos esqueleto, pero finos, cuajados, robustos, reunidos, proporcionados y, por tanto, de buen trapío.

En resumen, el toro con buen trapío debe ser: corpulento sin exageración, de buena planta, bien proporcionado y fuerte; de articulaciones pronunciadas y flexibles; de piel fina y pelo —ya sea simple o compuesto— lustroso, espeso, suave, brillante y limpio; de cabeza regular y descornada, y testuz ancho; de cuernos bien colocados, fuertes, delgados, puntiagudos, de regular tamaño y tirando a oscuros o verdinegros; de ojos grandes, de fiero mirar, salientes, vivos y brillantes; de orejas pequeñas, vellosas y muy móviles; de hocico pequeño, fino, elástico, húmedo y negro o casi negro, con ventanas de la nariz bien abiertas y dilatadas; de cuello flexible, corto, grueso y redondo; de morrillo grande, ancho y levantado; de papada pequeña y de pecho desarrollado; de poco vientre; de lomos firmes y rectos, y grupa ancha y musculosa; de cola alta, delgada, fina, prolongada hasta pasar los corvejones y espesa al final; de extremidades recias, robustas, nervudas, enjutas y lo más rectas y delgadas posibles; de corvejones pronunciados; de pezuñas pequeñas, redondeadas, lisas, lustrosas y del color de los cuernos o negras; de aplomos o posición de los remos, buenos y normales, y de órganos generativos bien desarrollados.

De las reses que reúnen estas condiciones o la mayor parte de ellas, es de las que únicamente puede afirmarse, con plena seguridad, que tienen lo que se llama un buen trapío.

AREVA

Toro de formas desproporcionadas, fea estampa y otros varios defectos, que pueden catalogarse entre los de «mal trapío»



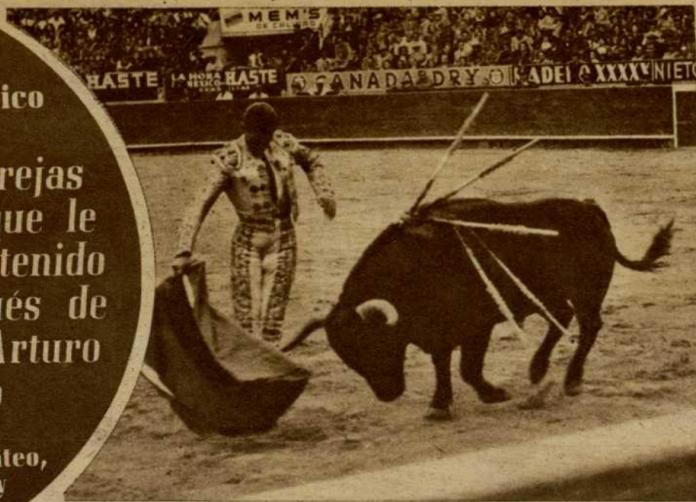


Ahora, Garza cita para dar el natural con la izquierda.

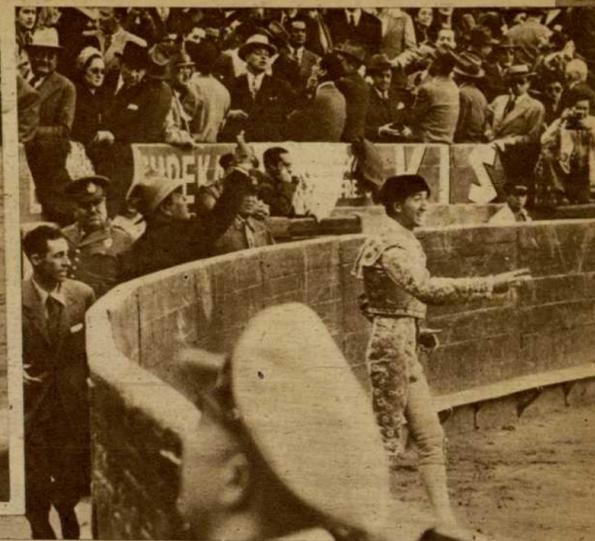
Decimasegunda corrida de la temporada en Méjico

Manolete cortó las orejas y el rabo del toro que le cogió. Garza fué detenido y encapelado, después de gran escándalo, y Arturo Alvarez fracasó

Se lidiaron toros de San Mateo, que fueron desiguales y resultaron mansos



Sin estrecharse demasiado, Lorenzo Garza da otro pase con la derecha



Lorenzo Garza, que había sido multado por su apatía en la última corrida que toreó en la capital, en la celebrada el 19 de enero tampoco estuvo muy lucido. De momento, se defendió, dando algunos lanceos discretos



En el quinto, Manolete salió decidido a dar su nota, y comenzó la faena con un natural con la izquierda



Otro natural de Manolete



Como el primer toro de Manolete fuera devuelto a los corrales por pequeño y en el sustituto no pudiera lucirse, el diestro de Córdoba, que fué el único que se hizo ovacionar, ofrece regalar otro toro para calmar la irritación de la muchedumbre

Otro natural más del cordobés, hasta cinco, que fueron premiados con otras tantas ovaciones



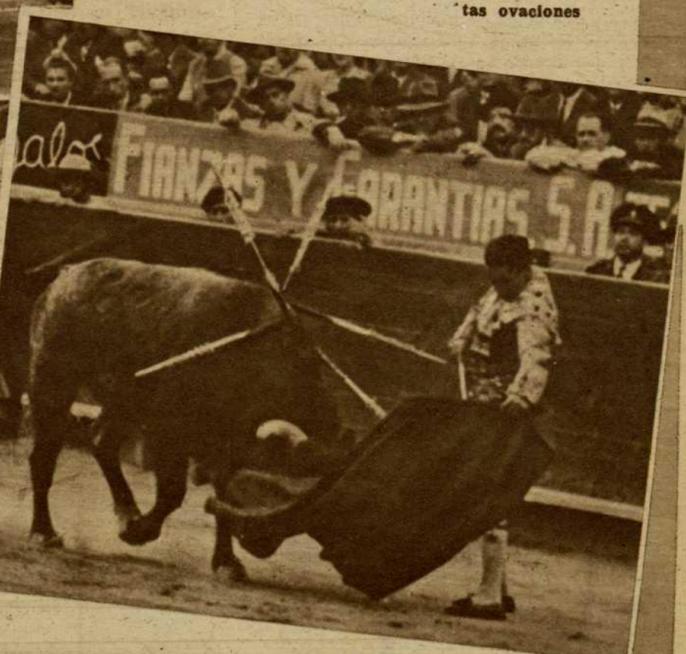
Cuando iniciaba el sexto, Manolete es cogido y volteado de forma aparatosa



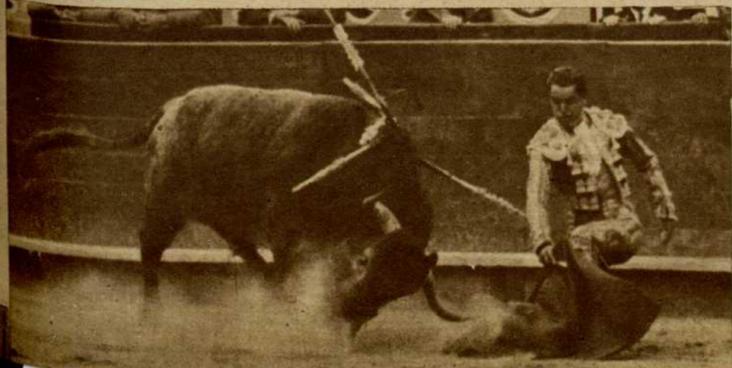
Afortunadamente, Manolete solamente sufrió algunos varietazos, y consintió en ser retirado a la enfermería y a la muerte al toro, del que cortó las orejas y el rabo. Peones y asistentes acuden al quite



Arturo Alvarez, que tuvo una actuación torpe, da una chicuelina bastante despegada



Arturo Alvarez se estira en un natural (Reportaje Agencia Clira Gráfica)



Arturo Alvarez muétese por bajo con toda clase de precauciones

DESLINDE NECESARIO

LA SUERTE DE BANDERILLAS NO ES UNA CARRERA PEDESTRE

CUENTASE de Fernando, El Gallo —el padre de Rafael y Jose-lito—, que hallándose una vez en Madrid, poco tiempo antes de su fallecimiento, le invitaron varios amigos a presenciar una novillada, en la que tomaban parte dos jóvenes matadores que a la sazón metían bastante ruido. Se resistió al principio; pero acabó por acceder, aunque haciendo la salvedad de que le parecía que no se iba a divertir.

Transcurrió la lidia de cuatro toros entre incansables manifestaciones de entusiasmo por parte del público, y aun faltaban dos que lidiar, cuando Fernando —que tan ferviente culto rindió siempre al toro puro— se levantó de su asiento y dijo a sus acompañantes:

—Zeñore, no pueo má. Me voy.

—Espera que acabe, y nos iremos todos—le dijeron.

—No —replicó—; me voy, porque me estoy poniendo malo al ver las cosas que se aplauden.

Traemos a cuento la anécdota porque a nosotros suele ocurrirnos otro tanto al ver cómo ha degenerado el segundo tercio de la lidia por obra de algunos matadores, que lo cultivan como una especialidad, y cómo ovaciona el público a los mismos cuando mistifican dicha suerte de banderillas con sistemática reiteración, acogiendo al aforismo lo-pesco que dice:

El vulgo es necio, y, pues lo pide, es justo hablarle en necio para darle gusto.

¿Es que puede aceptarse como oro de ley que un torero escape velozmente y de costado, a fuerza de piernas y describiendo una enorme curva, para reunirse con la res luego de haber dejado pasar los pitones, en vez de llegarle a la misma andando de frente y, puesto en judicición, dar el pecho y cuadrar en la cabeza?

No, no puede aceptarse tan vicioso procedimiento, por espectacular que resulte, porque equivale a una carrera de competición entre el torero y el toro, como si ambos hubieran entablado una apuesta para ver cuál de los dos corre más, y porque el diestro, al ganar la cabeza y dejar que pase la misma, clava los rehiletes «fuera de cacho», como puede verse en la fotografía que ilustra estas líneas.



Véase en la misma dónde está el banderillero y dónde se hallan los pitones del toro; díganos si esto es puro y se ajusta a las reglas del arte.

Por optimistas que se sientan algunos aficionados modernos y por orgullosos que estén de la actual época —al afirmar constantemente que hoy se torea mejor que nunca y con más verdad—, no podrán sostener racionalmente que el toro que ahorz se practica está libre de taras y de procedimientos adulterados que deben combatirse; así como también es verdad que hay suertes del toro que, realizadas por los diestros antiguos con los toros de ayer, no se atreven a ejecutar los fenómenos del día con los de hoy; de donde se saca, en consecuencia, que si algunas de las mismas se han afinado y se han hecho más sutiles y exquisitas, otras se han mistificado considerablemente, resultando de todo esto que el toro actual no se levanta a la par de tantos aspavientos, de tantas ambiciones y de tantas intransigencias destructoras e iconoclastas.

Decíamos que los espectadores se conmueven ante las carreras desenfundadas de los que clavan banderillas, embargados por el interés de ver si el torero gana al toro o el toro al torero, y como éste clava los palos en buen sitio, no quieren saber más para romper en una ovación estruendosa y pedir que se repita la pedestre competición.

Y lo gracioso es que a esta manera de banderillar la llaman algunos «de poder a poder», como si el impulso del torero y el empuje del toro chocaran en el encuentro, cuando —como puede verse en dicha fotografía— no existe choque alguno, ya que el diestro clava los palos una vez pasada la cabeza y al costado del animal.

¿Que lo de saber medir los terrenos y calcular las distancias tiene mucho mérito? Pues que se dediquen a peritos agrimensores los que tal procedimiento emplean.

Para calcular las distancias y medir bien los terrenos, ahí está la suerte del sesgo, con la cual también se hacen un lío no pocos «inteligentes».

El caso es que se está adoptando como norma lo de banderillar a fuerza de piernas, por obra contumaz, según hemos dicho, de los matadores que cultivan tal suerte como una especialidad; y tal auge va adquiriendo dicho vicio, que costará mucho abolirlo si el público no empieza a recu-



Luis Suárez, Magrinas

sarlo abiertamente, cuanto antes, mejor. Para «jacas toreras», bastantes son las de los rejoneadores.

Cualquier día tendremos ocasión de ver banderillar a «un tal» Magrinas, quien, viejo ya para estas lides, todavía puede hacer una demostración de lo que es arte neto y clásico en el segundo tercio, y, a la vista del patrón a que él se ajusta, podrá gritar el público a uno de esos carreristas pedestres:

—¡Pare usted la jaca, amigo!

Puesto que de las banderillas hablo, no terminaré sin recoger unas manifestaciones que, a guisa de réplica de lo que yo escribí en estas columnas hace poco a propósito de los banderilleros antiguos, se permitió hacer Fernando Gago, cuyas declaraciones solamente puedo aceptarlas como fruto de un espíritu letificante.

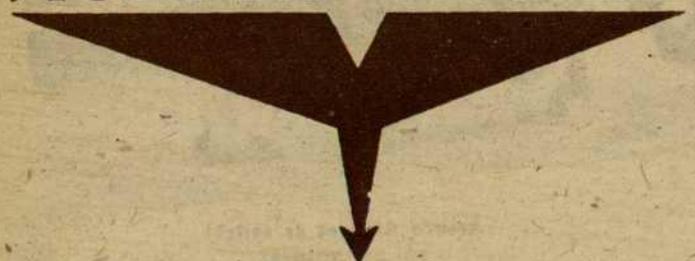
Yo sabía —lo sabemos todos los aficionados— que Fernando Gago es uno de los mejores subalternos de a pie con que contamos hoy; pero ignoraba que fuera un humorista.

Y a quien trasladó a la letra impresa aquellas declaraciones suyas y afirmaba que las banderillas son un estorbo para los matadores, quiero hacerle esta pregunta: ¿Solamente las banderillas?

¡Ay, compañero! Hasta la espada les estorba, y por eso la sustituyen, cuando pasan de muleta, con un juguete de madera o de aluminio, cuyo trebejuelo simboliza el deseo que sienten de no «perjudicar» al utrero.

DON VENTURA

ACEYTE YNGLES



PARASITO QUE TOCA... ¡MUERTO ES!

C. S. 130

LAS MUJERES TAMBIEN OPINAN DE TOROS

La señora de PAPWORTH se aficionó a los toros en cuanto pisó tierra española

PARECERA, sin duda, extraño que una mujer inglesa, y además con todos los rasgos físicos característicos de su raza —es alta, rubia, con ojos azules y tez sonrosada como la de un bebé— sienta entusiasmo por una fiesta tan morena y tan española como la de los toros. Pues sí, puede ser todo lo extraño que se quiera; pero lo cierto es que esta distinguida dama extranjera, señora de Papworth, siente verdadero entusiasmo por la lidia, y lo demuestra igual que cualquier entendido o entendida de esos que van a los toros desde que tomaban fosfatina.

En el recibimiento de la casa de los Papworth hay un cartel de toros y varias fotografías, que reproducen interesantes lances taurinos. Son detalles que nos animan a preguntar a esta simpática inglesa sobre el tema en cuestión:

—¿Cuándo empezó en usted la afición a los toros?

—En cuanto llegué a España y tuve ocasión de ver la primera corrida. Fue en el año 41.

—¿Conocía usted antes, por referencias o por haber leído libros que trataran de ello, algo de nuestra fiesta?

—No había leído nada que tratara de toros, y las referencias que tenía de la fiesta eran bastante desalentadoras. Me decían que era un espectáculo horrible y cruel. Así, que cuando fui por primera vez a los toros, lo hice impulsada por la curiosidad.

—Y ¿qué efecto le hizo la primera corrida que vio?

—Magnífico. Deseché desde entonces los prejuicios que contra la fiesta tenía antes de conocerla.

—¿Qué es lo que más le gusta de una corrida?

—Hay muchas cosas que me gustan, entre ellas, las banderillas.

—¿Y lo que más le desagrada?

—Las puyas. No puedo ver con tranquilidad esa suerte. Me parece un martirio horrible para el toro.

—¿Le gusta ver torear a la mujer?

—He visto rejonear a Conchita Cintrón. Me parece que lo hace admirablemente, y me gustaría mucho verla torear a pie.

—Y a usted, ¿le gustaría torear?

—¡Ya lo creo!... Y hasta lo he intentado alguna vez, aunque sin demasiado éxito. Es muy difícil hacerlo.

—Pero ¿se ha atrevido usted a torear? Habrá sido al alimón, ¿no?

—Al alimón y sola. Aunque ya le digo que lo he hecho sin ningún éxito.

—¿Ha usado mantilla alguna vez?

—Nunca. ¡Se lleva tan poco! Y es lástima, porque es muy bonita...

—¿Le gusta el traje de luces, o el de campo?

—El de luces, por lo menos, en el ruedo; es el que da color a la fiesta y armoniza perfectamente con el brillo del sol. La fiesta debe ser toda luz y color. En los sitios donde no brilla el sol, la afición a los toros apenas existe. En el Norte de España, por ejemplo, hay muy pocos aficionados a los toros, y yo atribuyo esto a la falta de sol.

—¿En qué ciudades ha visto usted toros?



Savi

—En Madrid, Granada, Toledo, Aranjuez, La Coruña y Pamplona.

—¿Qué torero es el que más le gusta?

—Me gusta mucho Manolete, y ahora, Luis Miguel Dominguín. Creo que llegará a ser el mejor de todos. En cambio, el toreo de Arruza no me gusta.

—¿Es usted una espectadora de toros impasible, o grita cuando se emociona?

—Grito, grito mucho. Y protesto la mayor parte de las veces en la suerte de varas. En cierta ocasión, hasta tiré almohadillas al ruedo. Creo que nadie protestó de aquello, debido a mi condición de mujer.

—¿Y por qué iban a protestar? ¿Acaso era usted la única que las tiraba?

—¡No. Las tiraba todo el mundo. Pero es que las mías no alcanzaban el ruedo, y claro..., se quedaban entre los espectadores.

—Estarían demasiado emocionados para percatarse de esos pequeños detalles... ¿Le gusta a usted la música de toros?

—Sí. Pero no siempre. Me gusta cuando la faena lo requiere. Es pesado que, como pasa en provincias, transcurra toda la corrida con fondo musical.

—Ahora, hablemos del toro. ¿Le gusta el toro grande o pequeño?

—En realidad, ahora se ven pocos toros buenos. Me gusta el toro grande. Sin que sea de esos grandes medio mansos, que tienen las patas medio dobladas.

—Muy bien. Es usted una verdadera entendida de toros.

—Por lo menos, una apasionada admiradora de la fiesta.

Termina nuestra entrevista, que nos deja optimistas por haber comprobado que una mujer inglesa ha sabido comprender tan bien la emoción de la fiesta española.



La señora de Papworth

(Foto Amer)

PILAR YVARS

PRECEDENTES
TAUROFOBOS

BUEYES MALICIOSOS

PASO por la palabra de «Gerónimo Cortés, valenciano», de que eso que veis aquí, reproducido de un libro que se dirá, fuese un buey o un toro, con esas orejas horizontales en forma de hoja de peral, con sus cuernos cortos, aplanados y un si es no es echados hacia atrás, con un corte de pelo demasiado asnal, mas con unos ojos de caída bondadosa y un belfo sonriente, cual persona que acaba de leer «La Codorniz». He dicho que pasaba por la palabra de Cortés —por aquello de que lo «cortés» no quita a lo dibujante—, y acepto que eso, ¡esol!, era un buey o un toro en el siglo XVII: animal del que se obtienen no pocos provechos. Tantos, que, según el autor de la obra comentada, bien pudiera ser considerado, en pago a su benevolencia para con nosotros, como un perfecto «compañero» del hombre, y que el hombre disimule por este concepto que antaño se tenía del compañerismo.

Hora es ya —como decían los folletínistas de otro tiempo— de que diga que el libro aludido se titula «Tratado de los animales terrestres, y volátiles, y sus propiedades», editado en Valencia, en la imprenta de Benito Macé, a costa de Francisco Duart, mercader de libros, el año 1672. Como donde menos se piensa dicen que nos sorprende el salto de una liebre, en un libro viejo puede encontrarse una opinión taurófoba, lo mismo que la encontraremos hoy en las disimuladas páginas de una obra de Fernández Flórez. Salvado, pues, el susto producido por la ilustración que veis, y que en el libro sirve de cabecera del capítulo XII, titulado «Del Buey, y sus Provechos», advirtamos que, en las primeras líneas, nos encontramos con el arañazo a nuestra fiesta, siquiera ésta se encontrase en un período rudimentario, ajeno al progreso estilístico de hoy. «El Buey —comienza diciéndonos el autor— es animal pesado; pero muy necesario al vivir, y descanso de los hombres; pues no solo se aprovechan del viviendo en qualquier ocasion que se ofrezca de trabajo, y cargo; pero aun después de muerto sustenta nuestro vivir, matandonos la hambre con sus carnes, valiendonos de su pellejo para mil ocasiones, y servicios que se ofrecen a la vida humana. De suerte, que con razón se podría llamar el Buey compañero nuestro, y muy necesario, pues lo es con todos los de su especie, y muy continuos en el trabajo, como se echa de ver en Italia, en Francia, y por toda Castilla, y en otras muchas Provincias, que casi no se sirven de otros jumentos para sus labranzas, y cargas que Bueyes: y aunque no son buenos para llevar carga, pero son valientes para tirarla con carros, y no es poco descanso para los hombres. Y tengo para mí, que el Demonio como a enemigo de nuestro bien,

inventó el juego pesado de Toros, para que assi ellos destri-passen hombres, y los hombres consumiesen tantos Bueyes como sacan del mundo: y esto viene de estimarlos en menos que los antiguos: pues avía mandamiento: que si alguno matasse algún Buey maliciosamente no le costasse menos que la vida: y en estos tiempos se tiene por hazaña, y valentía matarlos en un tan peligrroso plazer, como es el que llamam juego de Toros.»

¿Lo veis? Nos devanamos la cabeza con lo que tiene dentro, para averiguar en esta época quién tiene la culpa de que los empresarios nos arruinen al fijar precio a los boletos, como consecuencia de lo que tienen que pagar a unos cuantos toreros y a casi todos los ganaderos, y el hecho estaba descubierto por lo menos desde el año 1762 por «Gerónimo Cortés, valenciano», quien lo achacaba a una travesura de Pedro Botero, cuernos y rabo incluidos. ¡El demonio del Demonio había de tener la culpa!

Claro es que el autor de este ensayo acerca de los animales que andan, se arrastran y vuelan, encontraba paliativos, páginas adelante, para hallarles gracia a ciertas cosas que con los bueyes ocurrían, sin establecer diferencias entre toros y bueyes, como hoy hacemos siguiendo el ejemplo del Diccionario realacadémico, cuando nos define al buey como «macho vacuno castrado» y nada más. Y una de las gracias descubiertas era la lucha y pelea de los toros entre sí, «que es la mejor vista de quantas entre animales, y fieras puede aver, porque dexado aparte el ardid, maña, y traiciones que se valen para poderles vencer el uno al otro, usan de reportación entre Fieras nunca visto, y entre hombres pocas veces usado, y es, que sino los desparten de la lucha, y se hallan muy cansados, ellos propios se apartan por un rato, hasta que han descansado, y cobrado fuerzas, bolviendo de nuevo a la començada lucha». Pero aun le habían contado más a Jerónimo Cortés, y era que el toro o buey vencedor, el muy tunante, se iba muy ufano al rebaño de las vacas, se quedaba con ellas, y con ellas manifestaba el placer y contento por la victoria. En tanto, el vencido se iba a un lugar apartado, pero donde hubiera buenos pastos para engordar, cobrar más fuerza y ver de hallar el desquite en una «segunda vuelta». Y es lo que se diría el buey derrotado: «Si encuentro el desquite, bien. Y si no, que me quiten lo bailado, que en este caso es lo comido».

Y no paran aquí los hechos maliciosos que al autor del libro le habían contado. Hechos maliciosos, sí; que no parece sino que a algunos bueyes de verdad lo único que les faltaba era el habla, como si fueran protagonistas de una fábula. «En el año de 1561 —cuenta Cortés— sucedió un caso notable en un Buey, y fué, que aviendo juego de Toros en una Villa del Reyno de Valencia, llamada Pego, sacaron un Buey para correr en la plaça de dicha

De los Animales Terrestres. 187
Solo el que ama lin interés, se puede decir verdadero amante. Eras m.

CAPITULO XII. Del Buey, y sus Provechos.



EL Buey es Animal pesado; pero muy necesario al vivir, y descanso de los hombres; pues no solo se aprovechan del viviendo en qualquier ocasion que se ofrezca de trabajo, y cargo; pero aun después de muerto sustenta nuestro vivir, matandonos la hambre con sus carnes, valiendonos de su pellejo para mil ocasiones, y ser-

vi-

Villa, en donde ay una escalera muy ancha, por la qual suben a la sala que dicen de los Jurados, y en dicha escalera se suben, y retraen muchos de los que corren Toros. Aviendo pues embravecido al dicho Buey, se retraxeron a la escalera, y subiéndose el Buey por ella, los hombres acabaron de subir hasta la sala, y aposento, no pensando, que el Buey los siguiera, como realmente los siguió hasta hallarse con ellos en la sala del consejo, en donde no hizo poco daño. Y un moço por librarse del maldito Buey, se acogió a una ventana, y asiéndose del bastimento más alto, se estava colgado, teniendo el cuerpo medio fuera, y medio dentro, y viéndole allí el Buey arremetió con furia para derribarle, y alçando el moço los pies, y cuerpo para arriba, cayó el Buey por la ventana abaxo, y quebróse las piernas, pero no por eso su braveza, ni corage, pues estando assi caido alçava la cabeça mirando la ventana, dando muy grandes bramidos como que le pesava por aver errado el golpe». El malicioso suceso acaba aquí y no se dice si el buey se retiró a un bien servido restaurante de su dehesa para llenar la andorga y preparar, como en las peleas, la segunda parte.

Deduzcamos de la lectura del capítulo muy sabias enseñanzas, que, a ser posible, musitaríamos en el oído del autor. No todo era obra del «Demonio» lo que se relacionaba con las peleas y el correr de los toros y de los bueyes. Bien valía la pena de que en la vida del buey —a un lado la parte práctica de «abastecimientos y de transportes», al proporcionarnos carne y carga— aprendieran tretas los hombres que hoy arrastran a la gente a sus sesiones de «lucha libre». Y bien vale la pena de reflexionar acerca de ese espíritu vengativo cuando eran vencidos, sin estrecharse las pezuñas, si los contrincantes son sus iguales, o pezuña con mano, si es un hombre quien les venció, obligádoles a arrojar por una barandilla de balcón abajo.

¿Algo más? Sí, algo más. No inculpemos al «Demonio» por haber permitido que algunos bueyes salgan a las Plazas arrancándose más o menos largo y más o menos derecho.

DON INDALECIO.



A l igual que en el resto de España, a la sombra del viejo Micalet han aparecido y desaparecido a través de los tiempos, con más o menos duración, diversas "peñas" taurinas, verdaderas capillitas de veneración al ídolo o ídolos de la época, designándose las por el nombre del torero entronizado, y que, mantenidas por amigos y admiradores de los diestros, tomaban asiento en diferentes cafés de esta hermosa ciudad. Esto se comprende, porque no hace mucho, cuando la vida se tomaba menos de prisa que hoy, ya que no había alcanzado el ritmo acelerado de nuestros días, el aficionado no se mostraba satisfecho con su aportación y presencia en los tendidos las tardes de corrida, sino que necesitaba exteriorizar sus opiniones y razonar sus críticas alrededor de una mesa de café y en animada tertulia con unos amigos y compañeros que compartiesen idénticas aficiones.

Cuando en Valencia, entre otras, sobresalía la "Peña Bombita-Gallito", y en el café Inglés se reunían los admiradores de Gaona y



Isidoro Martí, Flores, el torero valenciano, al que un toro, en Béziers, le cortó la carrera ascensional de su vida y su arte

IDOLOS VALENCIANOS

ISIDORO MARTI, FLORES, y su peña del desaparecido Café de La Escocesa

—Contrate primero a Flores, y después a mí—; dijo Joselito al empresario de Lima

Machaco, haciéndolo los de Cortijano, novillero de la tierra; en el Suizo, tuvo vida y animación en La Escocesa, junto a la de José Pascual, Valenciano, la "Peña Flores", de la cual aun superviven Elías Molina, que fué mozo de espadas del diestro; Cipriano Blay, Abelardo Rodríguez, Luis Morera, célebre relojero valenciano; Alberto Escobar, director de "El Clarín", y Ginés Gutiérrez, el Doctor, encargado hoy de los alabarderos del teatro Ruzafa.

José Pascual, Valenciano, a pesar de sus deseos y enorme fuerza de voluntad, no logró nunca escalar un puesto preeminente en la torería. En cambio, Flores destacó y brilló con luz propia en el firmamento estelar taurino. Torero fino y hombre culto, dominaba varios idiomas, y mantuvo, tanto dentro como fuera de los ruedos, una elegancia hija de su envidiable posición, de sus amplios estudios y de un carácter notable y distinguido.

Isidoro Martí, Flores, nació en Alfarrasí, pueblecito de la provincia de Valencia, el día 13 de mayo de 1884. A los diecisiete años, encontrándose en Celta (Francia), adonde su padre le llevó para imponerle en el negocio de vinos, aprovechando una ausencia de su progenitor, organizó una becerrada, ayudado por varios amigos: construyeron una Plaza, cuya barrera consistía en unos cuantos barriles de

vino arrimados a la pared, y allí estoqueó un astado por vez primera.

En el año 1901, luego de varias novilladas por los pueblos de la región levantina, se presentó con picadores en Valencia el 11 de octubre, alternando con Agustín Dauder. En Madrid lo hizo el 15 de julio de 1906, luego de haber toreado mucho por España. Después de nueve años de matador de novillos, el 28 de septiembre de 1910 le doctoró Quinto en Sevilla, confirmando su alternativa en Madrid el 15 de septiembre del año 1912. En el transcurso de su vida torera sufrió varias cornadas, algunas de gravedad, siendo su bautizo de sangre en Las Arenas, de Barcelona, en cuya Plaza un novillo de Halcón le infirió una herida que tardó dos meses en curar.

Joselito fué gran amigo de Flores, e Isido-

Carranza y Angel C. Carratalá depositando una corona de flores sobre la tumba de Isidoro Martí en Caracas

ro constantemente le suplicaba en favor de compañeros para que actuasen en Madrid.

—Nunca me pides nada para ti—sóla decirle José.

Al fin tuvo necesidad el valenciano de pedirle algo al de Gelves, transmitiéndole su deseo de actuar en Lima, por lo que, al presentarse el empresario peruano ante Gallito, éste le impuso como condición:

—Contrate primero a Flores y después a mí.

Flores fué vicepresidente del Montepío de Toreros siendo presidente su fundador, Bombita II, y siguió siéndolo cuando Vicente Pastor sustituyó a Ricardo en el desempeño de dicho cargo.

Y, fatalmente, Isidoro Martí marchó por el camino que le marcaba la muerte. El destino le condujo de nuevo a Francia, país en el que dió principio su carrera taurina, para que un toro, en Beziere, le metiese un pitón entre las costillas y truncase de este modo su ascensión hacia la gloria. Convaleciente, ya de vuelta en Valencia, y durante una de las corridas de feria, estando en la meseta del toril, atalaya desde la que contemplaba la lidia, sufrió un cólico tan doloroso y agotador, que le indujo a otorgar testamento. Repuesto, cruzó el Océano, muriendo a poco en el Hospital de Caracas, en cuya ciudad venezolana descansan hoy sus restos.

A su muerte, el diestro Rodalito recogió una muleta y un estoque que habían pertenecido a Julio Aparicio, Fabrilo, y que cariñosamente guardaba Isidoro, entregándolos a la familia, a su paso por Valencia.

El recuerdo de Isidoro Martí perdura todavía entre los viejos aficionados de principio de siglo, que vieron en él posibilidades de primera figura, rememorándolo a menudo cuando se trata de citar lidiadores modelos de finura y de arte.

TORILES



Una formidable estocada del infortunado torero valenciano



A PUNTA DE CAPOTE

Dos corridas reales y dos faenas de Frascuelo

Las plazas Mayores fueron en su tiempo las escenarios esplendorosos de las corridas reales. Ellas fueron el marco señorial del atuendo sin par de la Corte de las Españas. En su recinto resplandecía como en parte alguna la bella plasticidad de los paladines, caballeros a la jineta, con su cortejo oriental de pajes, palafremera y hombres de armas, cubiertos de sedas, brocados y plumajes multicolores. Eran la fantasía, la exaltación de la grandeza de los lidiadores de a caballo sobre la mancha oscura del villanaje, lidiador de a pie. Al hombre villano se le permitía, es cierto, un barrunto de toreo rudimentario en la arena ensangrentada por su mismo arrojó. Y de aquí nace justamente el moderno toreo de a pie, con su escenario propio, que ya no es la vetusta plaza Mayor, sino el circo taurino, con su ruedo o redondel, tal como hoy lo conocemos. Así, pues, la plaza Mayor representa y simboliza el toreo aristocrático, y la Plaza de Toros el toreo del pueblo, de la nación. Quizá por esto ha venido a llamarse la fiesta de los toros la fiesta nacional.

Y aquí no está de más un inciso: si la fiesta de los toros es la fiesta nacional, del pueblo, ¿por qué se aleja al pueblo de su fiesta con precios prohibitivos?

Pero vamos a nuestro pensamiento inicial: al



Salvador Sánchez, Frascuelo

desarrollarse el toreo a pie, a fines del siglo XVIII y comienzos del XIX, se entabla una pugna entre plaza Mayor y Plaza de Toros, y, al cabo, triunfa la Plaza de Toros —sentido popular— sobre la plaza Mayor —sentido de nobleza—, que queda relegada, en el siglo de las luces, al desván de los recuerdos históricos.

Esto lo vemos claro con la lectura de las corridas reales verificadas en Madrid el 25 y 26 de enero de 1878, con motivo de las bodas de Alfonso XII con la reina Mercedes. El anillo de la nueva Plaza resultó insuficiente para contener el empaque del grandioso espectáculo. Los caballeros en Plaza, no apadrinados ya por la Grandeza, no dieron el rendimiento deseado, ni como lidiadores ni como jinetes. Dos hermosos corceles quedaron muertos, y otros, malheridos a la vista del público. Y, por si fuera poco, un furioso temporal de lluvias destruyó los mástiles de banderas y gallardetes y ajó los bellos tapices y las grandes colgaduras de damasco. En la tarde fría de aquel enero húmedo y triste, sólo hubo dos momentos de emoción arrebatadora: las dos faenas imponentes de Salvador Sánchez, Frascuelo.

¡Frascuelo! La primera vez que mis ojos de adolescente se abrieron en el coso taurino fué de estupor, una gran faena de Frascuelo. Era el hombre de la verquería torera un tipo anguloso, enérgico, enjuto en su masculinidad acérrima. Frascuelo era el Hombre, con mayúscula, ante el Toro, con mayúscula también, de su gran tiempo de gran matador. Era un africano puro, un berebere, como los que vemos en las cábilas de Yebala y el Rif, descendiente, quizá, de aquellos rudos abencerajes que vinieron del Atlas a pelear y morir por el reino de Granada. Su valor corajudo era tan tremendo y de tal naturaleza, que La gartijillo, su paisano, decía, con razón, que «asustaba a los toros». Su cuerpo more-

nazo, musculado en acero y cribado en cicatrices, era sólo un pretexto para contener un alma heroica, capaz de los arrostos más inconcebibles, si él era preciso para vindicar su hombría en lo profesional y en lo humano. Los viejos aficionados que le vieron, y aun viven, certificarán este aserto: el «Negro» era así.

Hay que figurarse a aquel hombre, tallado en la reciedumbre de la lucha con las fieras, en aquellas dos tardes de enero de 1878. Frascuelo era, honradamente, sentimentalmente, monárquico. Al alzar, montera en mano, los ojos al palco regio, para el brindis, el «Negro» sentía en el hierro de su carácter una veta de ternura. Veía en lo alto a «su» rey, vestido de capitán general. Y a su reina, la trigueña infanta sevillana, rosa de pasión en nieve de blondas.

Hay dos estampas de las dos faenas: la del 25 y la del 26, ambas de un aficionado, anónimo. Los toros eran del duque de Veragua, bravos y de muchas libras.

«Frascuelo, de corinto y oro, larga cinco pases naturales en redondo: uno, con la derecha; un buen cambio, y una gran estocada recibiendo.»

«Al día siguiente, Frascuelo, de lila y oro, se dirige a la fiera, que llega noble y brava a la suerte. Bastan tres naturales en redondo, dos de peche y uno cambiado, para una gran estocada a un tiempo, saliendo el toro muerto de la mano, y sin muleta el matador.»

Así. Ni más ni menos. Con este laconismo espartano apunta los dos lances en sus memorias el aficionado desconocido. Pero, a pesar de sus pocas palabras, hay en ellas una visión relampagueante del asombroso matador. Al que le viera una vez en su remota juventud le basta la esquemática sugestión para volverlo a ver en el recuerdo.

De aquellas corridas reales sólo queda el recuerdo de la hombría suprema de aquel valiente y de la feminidad en flor de aquella reina de romance, que aun llora en los corros de las niñas cuando cantan...

¿Dónde vas, Alfonso XII,
dónde vas, triste de ti?...

Nuestra contraportada



José Aguilar Villarín, CARRILES

Gran caballista y picador muy inteligente, que castigaba a los toros en justa medida, fué el sevillano José Aguilar, hermano mayor del famoso Manuel Aguilar, que también fué conocido por el apodo de Carriles. En 1890 empezó a picar en la cuadrilla de Cara-Ancha, y cuando Antonio Fuentes tomó la alternativa, pasó a la cuadrilla de éste.

José Aguilar se retiró y fué a ocupar un cargo en «La Coronela», finca, por entonces, propiedad de Fuentes.

Inauguración del Club Luis Miguel Dominguín



En la noche del sábado se celebró la inauguración del Club Luis Miguel Dominguín, instalado en un café popular de la calle de Toledo. El acto de la inauguración estuvo concurrendísimo; en él se pronunciaron brindis y se hicieron votos por el éxito del torero madrileño (Foto Sáinz).

LA MEJOR FAENA DE ANTONIO SANCHEZ

Un torero que nunca estuvo plenamente satisfecho de su labor

PRETENDER que Antonio Sánchez recuerde ahora cuál fué la primera corrida que vió es algo absolutamente inútil. ¡Como que desde que era un arrapiezo iba a los toros! Sin pagar, claro. Frecuentaba la «Taberna de las Torrijas» el jefe de los aguadores de la Plaza de Toros, y de él se hizo amigo el chiquillo del tabernero. Por un mucho de simpatía y porque le convenía. Antoñito quería ir a los toros siempre que fuera posible, y la amistad del jefe de los aguadores le aseguraba un abono perpetuo y gratuito. Claro que era preciso corresponder. ¿Y qué cosa mejor que el vino para ganarse el afecto de un aguador?

No faltaba Antonio Sánchez, tan chiquitín, tan seriecito y tan simpático, ni a una corrida. Ahora recuerda una faena que hizo en Madrid el hijo del Gordito. Una faena magistral. ¡Vaya usted a saber lo que le ocurrió al hijo del Gordito! Era un novillero de los que se ven muy de tarde en tarde, y de pronto cayó en la sima de la vulgaridad. Cosas de los toreros, de las que, se diga lo que se quiera, tienen la culpa los toros.

De Faustino Posadas guarda Antonio recuerdo gratísimo. Y de una faena genial que hizo Rafael, El Gallo, en Vista Alegre, la tarde de la alternativa de Serranito.

Antonio fué admirador sin reservas de Joselito; pero la mejor faena que presenció en su vida se la vió hacer a Belmonte. Fué en Madrid. El trianero toreaba con José y otro matador. Desde el primer muletazo se lió Belmonte el toro a la cintura, y en igual forma continuó y terminó la faena. ¡Grandeza y genio de Juan!

El toro más bravo que ha visto el ex torero de la calle del Mesón de Paredes ha sido el famosísimo Bravío, de Santa Coloma.

Sonríe cuando le pregunto cuál fué su mejor faena, y me asegura que él no quedó por entero satisfecho de ninguna; pero como insisto, tras unos segundos de silencio, me dice que fué la que hizo en Valencia, en el año 1922, a un toro bravísimo de Santa Coloma. Alternaba con Nicanor Villalta y Fausto Barajas. Comenzó con la izquierda por alto, continuó con la derecha muy parado, volvió a torear con la izquierda y no tuvo suerte al matar. Su tarde más completa no fué esta de Valencia. Su mejor tarde la tuvo en Almagro, en 1929. Toreaba con Rayito y Sacristán Fuentes reses de Palha. Los toros fueron grandes y muy certeros cuando herían. Ya se empleaban los petos para los caballos, y siete de éstos fueron muertos por los toros portugueses. Antonio se jugó el pellejo en el primero. Le dieron la oreja, y se dijo: «Lo mío, por mal que venga, está salvado.» Cortar la oreja de un toro de

Cuatro orejas y un rabo toreando reses de Palha. -- Los tres avisos y una multa de cincuenta pesetas. -- El 22 de septiembre de 1929, en Tetuán de las Victorias, terminó la carrera artística del torero madrileño. -- Recibió una cornada gravísima al dar el primer muletazo, terminó la faena, mató, y en la enfermería le fueron administrados los Santos Sacramentos

Antonio Sánchez cuando formaba en la Cuadrilla Juvenil



Antonio Sánchez muleteando al toro de Sotomayor con el que tomó la alternativa en Madrid (Foto Rodero)

Palha, grande y con mucho sentido, era, sin duda, un éxito. Ocurrió que Rayito, al dar un muletazo a su primero, fué arrojado y pasó a la enfermería. No se había establecido aún la costumbre de que cuando un matador resulte cogido, las reses que deje sin matar tengan que ser despachadas, por turno de antigüedad, por los matadores que queden en el ruedo. Entonces, el primer espada tenía que estoquear los toros del matador herido. Rayito estaba en la enfermería, y, por consiguiente, Sánchez tenía que habérselas con los dos toros de Manuel del Pozo y uno suyo. En el segundo dió la vuelta al ruedo, cortó la oreja del cuarto y las dos y el rabo del quinto. Cuatro orejas y un rabo en una corrida con toros de Palha es algo que no será fácil volver a ver, aunque los toreros se decidan algún día a torear reses de tal precedencia. Si éxito semejante lo hubiera alcanzado Antonio en Madrid, se hubiera comentado la hazaña mucho y hubiera proporcionado grandes beneficios a su autor.

Pero en Madrid, aparte episodios agradables, tuvo el torero del barrio de Embajadores su peor tarde. Una tarde de la que no quiere recordar la fecha. Toreaba novillos de Terrones con Sánchez Torres y Ernesto Pastor. En uno de sus novillos, Antonio, que siempre se distinguió por su seguridad con el estoque, oyó los tres avisos. Pero no dió tiempo a que salieran los mansos al ruedo. Sánchez dió un golletazo barrenando. Cayó el novillo, que fué arrastrado por las mulillas, y Antonio Sánchez fué multado por el presidente con cincuenta pesetas.

El día 22 de septiembre de 1929 terminó la historia taurina del torero de la calle del Mesón de Paredes, el mozo que por su valor hizo recordar a los aficionados la figura de Frasquito. Fué en el ruedo de Tetuán de las Victorias. Un toro de la viuda de Ortega, de la misma ganadería del que quitó la vida al diestro que más admiró Antonio Sánchez, puso fin a la carrera artística del madrileño. Era el primero de la corrida. Cogió a Sánchez al dar éste el primer muletazo. El matador siguió la faena y acabó de una gran esto-

cada. Le ovacionaron, y se fué a la enfermería. En el ruedo quedaron Tato de Méjico y José García, Maera II. La herida era gravísima. El cuerno le había penetrado por el costado derecho y le había llegado al ligado. Después de curado en la enfermería le fueron administrados los Santos Sacramentos. Por espacio de veintiséis meses le tuvieron que dar diariamente morfina. Ocho años tardó en curar. Esta cornada hizo imposible su vuelta a los ruedos.

Ahora, Antonio Sánchez es pintor y tabernero. Pintor por vocación y tabernero por conveniencia. Como pintor ha logrado positivos triunfos. Su mentor era don Ignacio Zuloaga. Don Ignacio iba a menudo a la taberna de Antonio para hablar con el tabernero de pintura y de toros, sus dos pasiones. Antonio había sido torero y quería ser pintor; don Ignacio era pintor, y hubiera cambiado toda su gloria por un éxito en la Plaza de Madrid alternando con Joselito y Belmonte. En la taberna hay una reproducción del cartel de la novillada que el 17 de abril de 1897 toreó Ignacio Zuloaga, El Pintor, con Manuel Domínguez, en la Plaza de la Escuela Taurina de Sevilla. Zuloaga era el segundo matador. No se especifica a qué ganadería pertenecían los novillos; pero si se dice que tenían cuatro años y que la localidad costaría tres reales; un real menos que años tenían los novillos. Hay también en la taberna cuadros de Sánchez y cabezas disecadas de toros. Buen marco para las conversaciones de don Ignacio y Antonio. Cuando Zuloaga no podía ir a la taberna, Antonio iba al Estudio de don Ignacio. Y allí seguían conversando sobre los mismos temas: toros y pintura. Ahora Sánchez tiene un Estudio. Pinta, recuerda los consejos de don Ignacio y comenta temas taurinos; pero le falta su gran amigo, con el que siempre estuvo de acuerdo en pintura y en tauromaquia.

BARICO

Antonio Sánchez en la Plaza de El Toreo, de Méjico, en el año 1925 (Foto Sosa)



Antonio Sánchez matando en Madrid un novillo de Conradl, en el año 1921 (Foto Baldomero)



Romance de Bombita y Joselito

¡Tarde de fiesta en Levante!
Agosto brinda, risueño,
aroma de rosa y nardos,
brisa de albahaca y romero...
El sol, ardiente caricia,
sobre la arena del ruedo,
desgrana su lluvia de oro
cual bendición de los Cielos...

Aquella tarde agostea
van a salir a los medios
Ricardo Bomba y José,
dos príncipes del Toreo:
uno, cargado de historia;
otro, con blasones nuevos
y afanes de primacías
que a nadie cede en derechos.

En la calma de la tarde,
expectación y silencio...
Silencio que no se turba
cuando en el toro primero,
Ricardo solo consigue,
con sus recursos maestros,
vencer al toro difícil
con arte y sin lucimiento...

Ya los clarines reclaman
a Joselito en su puesto.
Sale su toro..., ¡buen toro!,
astifino, pelo negro,
grande, gordo, poderoso.
José le sale al encuentro,
con su capote de príncipe,
manto de rey del Toreo.
Luego coge la muleta,
y artista, sabio y sereno,
hace una faena cumbre:
arte viejo y arte nuevo,
inspiraciones geniales
sobre cánones eternos...

La multitud, delirante,
está aclamando al torero,
que corre el anillo en triunfo
saludando y sonriendo.
Ricardo, que le contempla,
débil se siente un momento,
y José, ya en la barrera,
bien ganados sus trofeos,
al dar muleta y estoque,
les dice a sus subalternos:
«Ya lo estáis viendo, muchachos.
Por algo soy ¡el primero!».
Ricardo Torres le escucha:
José le mira altanero;
pero el rostro de Bombita
no se altera ni un momento,
y su clásica sonrisa
es coraza de sus nervios...

Nuevos clarines se escuchan
y hacen solemne el momento:
le toca el turno a Bombita,
que está impaciente en los tercios.

Salta un berrendo a la arena,
huyendo de los piqueros;
es largo, grande, zancudo;
largos y afilados cuernos;
tiene sentido, es marrajo,
y al cornear, traicionero.

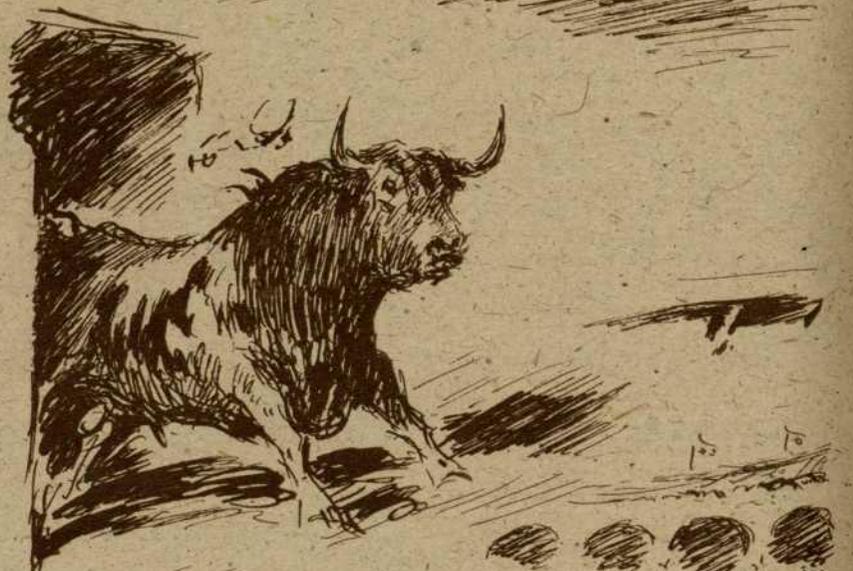
Busca Ricardo a la fiera,
y aquellas piernas de acero
se abrieron al primer pase
en que se inicia el encuentro.
Seca y firme la faena;
dominio del muletero,
que con la ciencia y el trapo
y con el valor y el cuerpo,
se apodera del marrajo
y aún le burla con floreos,
dejando que los pitones
casi acaricien su pecho...
¡Milagroso, y no posible,
fué el angustioso momento!
Sólo un ¡ay! entrecortado
rasga a veces el silencio...
«¡Si ya todo lo has logrado!,
¿qué estás buscando en el ruedo?
¿Qué pueden darte los toros,
si ya todo te lo dieron?»

Pero Ricardo, tranquilo,
aun busca más el peligro,
y cuando cuadra el berrendo,
entra a matar... ¡ay, cuidado!
¡que ese bicho es traicionero!
Angustias en la multitud...
¡Ya le cogió por el pecho!
«¡¡Quietos!!», les grita imperioso
Ricardo a sus compañeros.
«Anda y ven...», le obliga al toro
retándole con su cuerpo,
y le burla y le domina
con nuevos pases maestros.

Un clamor de admiración
llegó al alma del torero...
Su silueta se perfila,
pálido el rostro risueño,
para dar una estocada,
siendo cogido de nuevo.

Un clavel rojo de sangre
vuelve a lucir en su pecho...
Ricardo va a la barrera;
José le sale al encuentro;
los dos se sienten, se buscan,
y al joven le dice el viejo:
—Cuando tenga, como el mío,
veinte cornadas tu cuerpo,
y vayas a retirarte
y sigas haciendo esto,
podrás decir, Joselito,
que eres de verdad ¡el primero!
Ricardo, doliente, sangra;
la ovación es un estruendo...
Brisa de nardo en la Plaza;
la tarde se va muriendo,
y un clavel queda olvidado
sobre la arena del ruedo...

CONSUELO PORTELLA



Algara, destituido de la Gerencia de la Monumental de Méjico. -- Se pide la reforma del Reglamento taurino mejicano. -- Gago ha firmado un contrato por dos años con Luis Procuna. -- Ha sido nombrada la Junta técnica de los matadores de novillos. -- En la corrida de despedida de David Liceaga fué gravemente herido Silverio Pérez. Domecq y Manolete cortaron orejas. -- Continúa el convenio entre toreros españoles y mejicanos. -- Manolete toreará en la corrida de la Asociación de la Prensa

ANTONIO Algara ha sido destituido del cargo de gerente de la Plaza de Toros de la capital de Méjico. La causa de la destitución, según se dice, ha sido el desorden que presidia la marcha del negocio, que desorden que ha acarreado cuantiosas pérdidas. El nuevo gerente, Moisés Cosío, ha dicho: «Durante esta temporada, la Empresa fué multada con fuertes sumas; pero el Consejo de Administración está gestionando la suspensión de dichas sanciones por calificarlas de improcedentes. Hasta ahora ha sido entregada a la Secretaría de Asistencia Pública una suma que sobrepasa el millón de pesos». Añadió que la multa últimamente impuesta a Lorenzo Garza tendría que pagarla la Empresa, según lo estipulado en el contrato con dicho matador; pero que la Empresa estima que si tuviera que hacer efectiva la multa, sería una injusticia. Por lo que respecta a la actual temporada, el nuevo gerente manifestó que se terminaría de la mejor manera posible, y que para la próxima se proyectarán los contratos, tras detenido estudio, con tiempo suficiente. La nota por la que se da cuenta de la destitución de Algara dice así: «Ante la imposibilidad de llegar a un acuerdo entre el señor Antonio Algara y el Consejo de Administración de la Empresa de Espectáculos «Plaza de México, S. A.», y con el fin de organizar todas y cada una de las cuestiones relacionadas con la Empresa, y que se obtenga el cumplimiento oportuno de todos sus compromisos y en beneficio para que el público pueda tener este espectáculo a precios que resulten de su agrado y alcance, con este fin, dicho Consejo le ha retirado todas las obligaciones que venía desempeñando el señor Algara, conservando éste los derechos que le corresponden».

—Gitanillo de Triana ha manifestado que con el fin de encontrarse en España a comienzos de la próxima temporada, emprenderá su regreso desde Méjico, en avión, a mediados de febrero. Por ello, perderá la última corrida de las que tenía contratadas con la Empresa de la Plaza de Méjico.

—Joaquín Rodríguez, Cagancho, no volverá a Méjico como torero. Ha dicho que la próxima temporada española será la última de su vida profesional.

—Manolete ha declarado a un redactor de la Agencia United Press que no rehuye intervenir en el asunto del intercambio entre toreros españoles y mejicanos y que lo hará cuando se le pida en Méjico o en España. «Mi intervención —agregó— se ha limitado a asistir a una Asamblea de toreros mejicanos y españoles que estamos aquí, para tratar de ampliar el plazo que se había fijado para firmar un nuevo convenio».

—El departamento de Espectáculos de la capital de Méjico ha propuesto varias reformas del vigente Reglamento taurino. Entre otras cosas, se pide la adición de un artículo en el que se haga constar que cuando los toros de una ganadería dea reiteradas muestras de mansedumbre pierda la ganadería la categoría en que esté clasificada. Se quiere también regular la concesión de orejas y rabos y se dice que como «es preciso ir educando al público, de acuerdo con la importancia mundial de la Plaza de México», tales trofeos se concederán a juicio exclusivo del presidente de la corrida, quien, para hacerlo, se sujetará a determinadas instrucciones».

—Antes de salir de Méjico para Caracas y Bogotá, Andrés Gago ha manifestado que ha firmado un contrato por dos años con Luis Procuna, asegurándole determinado número de corridas para la próxima temporada española. Gago ha contratado para Caracas y Bogotá a Manolete, Luis Procuna y Morenito de Talavera.

—Ha sido designada la nueva Junta Directiva de la Agrupación sevillana «La vejez del torero». Se acordó nombrar socio de honor a Alvaro Domecq y ratificar en el cargo de presidente honorario a Carlos Arruza.

—Se asegura que en Barcelona comenzará la temporada el día 2 de marzo próximo con una novillada en la que actuarán Manolo Navarro, Antonio Caro y Paco Muñoz.

—En el Sindicato Nacional del Espectáculo se llevó a cabo el pasado sábado la anunciada reunión de novilleros y apoderados, para nombrar la Junta técnica de novilleros que ha de dar solución a sus problemas. Por votación, fueron elegidos Manuel Navarro, Pedro Robredo, Emilio Escudero, Juan Martínez y Juan Bienvenida, que forman, desde el sábado, el grupo dirigente. Se pretende ahora dar solución a varios problemas ya planteados. El primero, la cuestión del ganado,

Silverio Pérez, que resultó cogido de importancia en la corrida celebrada el pasado domingo en Méjico



El Choni, que ha logrado un nuevo éxito toreando en Salvatierra (Méjico)

pues se quiere que se permita libertad de contratación para dar novilladas a los ganaderos no clasificados en los dos primeros grupos. Se quiere suprimir los festivales, a base de matadores de toros y becerristas, y que en su lugar se den novilladas, y se intenta que se clasifiquen las novilladas, en lo relativo a impuestos, entre las corridas de toros y las novilladas sin caballos, ya que en la actualidad tributan lo mismo que las corridas de toros. También se pide que los empresarios de novilladas sin caballos cumplan el Reglamento, en cuanto a la percepción de cantidades estipuladas en el contrato, cosa que ahora no cumplen todos. Por lo que se refiere a la cuestión del intercambio con Méjico, los novilleros esperan a que se dé solución al asunto de los matadores de toros.

—El pasado sábado se celebró en el Club Taurino Luis Miguel Dominguín un homenaje al titular del Club. Asistieron más de quinientos comensales. Con el homenajeado, ocuparon la presidencia el presidente y el secretario del Club, don Manuel Mejías y don Marcial Lalanla. Hubo brindis, y al final, Luis Miguel Dominguín dió las gracias.

—El sábado último pronunció su anunciada conferencia en el Club Taurino Madrileño el periodista José Alarcón, Alardi. Presidió el acto don José María Cosío. Manuel Sánchez del Arco hizo la presentación del conferenciante. Alarcón trató refe-

rentemente el tema de la falta de información en asuntos taurinos. Citó como ejemplo el pleito mejicano, no resuelto definitivamente por falta de información sincera. Alardi fué muy aplaudido.

—En la capital de Méjico se celebró la corrida de despedida de David Liceaga. Se lidiaron toros de Taxamaluca. Alvaro Domecq clavó muy bien rejonos y pares de banderillas. Pie a tierra hizo faena sobria y mató de una estocada. Le fué concedida la oreja. Liceaga estuvo gris en su primero. Se hució con el capote en su segundo. Por radio brindó a su madre la muerte de su segundo. Hizo faena lucida y mató bien. Dió la vuelta al ruedo. Al toro que cogió a Silverio Pérez lo despachó sin pena ni gloria. Silverio Pérez, que oyó pitos en el segundo de lidia ordinaria, quiso aprovechar la bravura del quinto, al que veroniqueó muy bien. Al hacer un quite por chicuelinas fué prendido por el bajo vientre. Trasladado a la enfermería, se le asistió de una herida grave de quince centímetros de extensión. Manolete estuvo bien en su primero, que era manso. Al sexto le hizo magnífica faena por naturales y derechazos. Mató bien y se le concedió la oreja.

—En Caracas se despidió de la afición venezolana Simao da Veiga. En su primero fué muy aplaudido. A su segundo le clavó cuatro rejonos muy buenos. Echó pie a tierra y hizo magníficos pases. Fué cogido y permaneció entre los cuernos unos treinta segundos. Simao se sujetó entre las astas y no fué corneado. Los españoles Niño de la Palma, padre e hijo, fracasaron. El novillero portugués Augusto Gomes Junior, voluntarioso.

—En Méjico se reunieron, en los locales de la Unión de Matadores de Toros y Novillos, los toreros mejicanos Gorráez, Antonio Muella, Toscano, Ricardo Torres, Guerrita, Andrés Blando, Luciano Contreras y Fermín Espinosa, y los españoles Morenito de Talavera, El Choni, Manuel Escudero y Parrao. No asistieron Cagancho, Gitanillo de Triana y Manolete. Se trató del término de la vigencia del actual convenio y se acordó no rescindirle, sino sustituirlo por el que se elabore sin precipitaciones. Se envió un cable a la Junta de matadores españoles, cable que dice textualmente: «En la Asamblea efectuada en el día de la fecha, los toreros españoles en ésta, de acuerdo con la Unión de Matadores, aceptamos la proposición de que subsista el convenio vigente, a condición de no deaunciarse ni rescindirle unilateralmente, sino sustituirse de común acuerdo por ambas partes. Conformes respecto a la modificación de las cuadrillas. Ratifiquen conformidad».

—Se asegura que Manolete regresará a España, tan pronto cumpla sus compromisos con la Empresa de Bogotá, y que toreará en España por lo menos cincuenta corridas, una de ellas la tradicional de la Asociación de la Prensa.

—En Salvatierra (Méjico) lidiaron reses de Xajay Félix Briones y El Choni. Briones fué aplaudido. El Choni cortó oreja en sus dos toros.

—Julián Marín mató seis toros en Maracay (Venezuela). Cortó oreja en cuatro.

—En la ganadería que los señores Ramos poseen en Viñuela de Sayago se efectuó la tiente de cuarenta vacas, que dieron muestras de bravura. En las faenas camperas se distinguieron los novilleros Morante de los Reyes, Luis Redondo y Luis Peña.

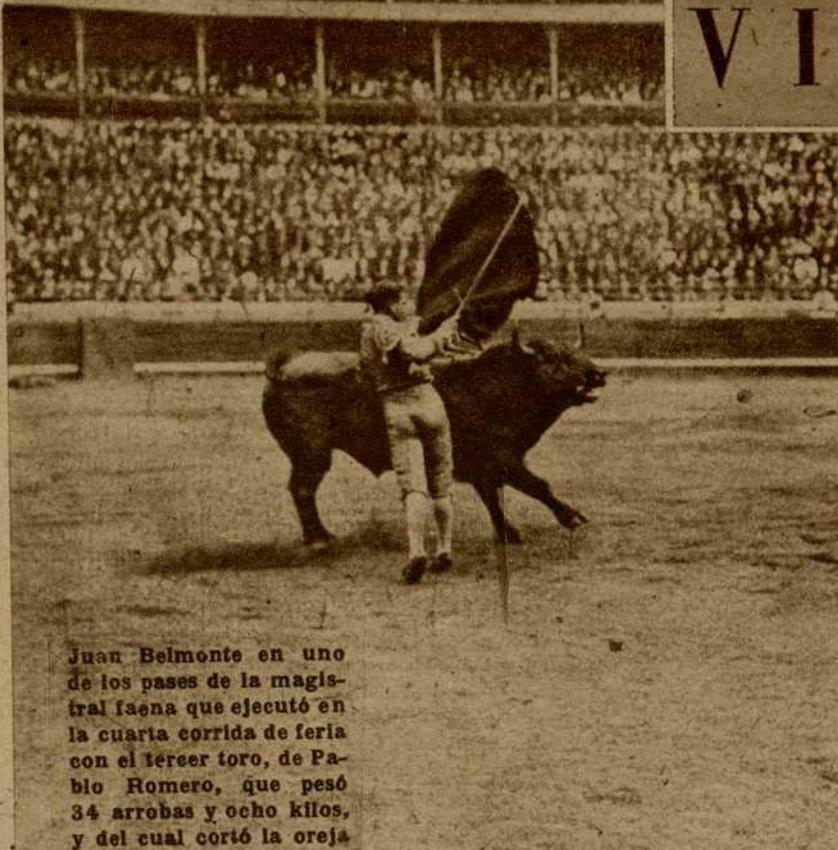
—La Asociación de la Prensa de Oviedo ha hecho entrega de la oreja de oro, concedida por votación popular, al ganador de dicho trofeo, Pedro Robredo, que fué el novillero de más lucida actuación en el festejo organizado por los periodistas ovetenses en el pasado mes de septiembre.

—Juan de Lucas ha sido contratado para Bogotá y Lima, para donde salió de Cádiz el pasado día 8 de enero.



Concurrentes a la Misa organizada por la Peña Pedro Robredo, que aparece en la fotografía, en sufragio del alma del que fué gran matador de toros bilbaino Diego Mazquiarán, Fortuna. Se celebró en la Iglesia de San Antón, de Bilbao

VIEJAS FOTOS



Juan Belmonte en uno de los pases de la magistral faena que ejecutó en la cuarta corrida de feria con el tercer toro, de Pablo Romero, que pesó 34 arrobas y ocho kilos, y del cual cortó la oreja.

25 de agosto.—Juan Belmonte, en uno de los pases de la magistral faena que ejecutó en la cuarta corrida de feria, con el tercer toro, de Pablo Romero, que pesó 34 arrobas y ocho kilos, y del cual cortó la oreja. (Foto de Klaus.)

Destaquemos el lugar: Bilbao, siempre a tono con su tradición. Toros y toreros. Pablo Romero y Juan Belmonte. Ya está bien. En las corridas anteriores actuaron: el día 22, el Gallo, Cocherito y Joselito, con toros de Santa Coloma; el 23, el Gallo, Joselito, Belmonte y Fortuna, con reses de Miura; el 24, cornúpetas de Gamero Cívico, para Cocherito, Joselito y Belmonte; el 25, (fecha de la foto), toros de Pablo Romero, para el Gallo, Joselito y Bel-

monte, por si algún día y para bien de la fiesta, tenemos que desempolvar la efemérides.

Y vamos con la foto número 2:

Los pies juntos. ¿Detalle privativo del toreo moderno?

Véase que no.

Un matador de toros —entonces, de novillos—, el valenciano Manuel Martínez, que nunca fué un estilista, demuestra, en esa foto de Baldomero, dando una verónica a un toro de Sánchez de Buenabarba (Salamanca), bien puesto de arrojadas y pitones, que hace treinta años también se clavaban las plantas en la arena, sin abrir el compás.

Y vamos con la instantánea número 3, de la misma fecha, en la que Carmelo Tusquellas, Charlot, sentado en el suelo, colea a un... ¿becerro? Aquí es donde llamo la atención del aficionado químicamente puro.

¿No recuerda el amigo haber visto ejemplares parejos, acaso con dos arrobas más, en corridas de toros de hoy?

Pues, como seguramente lo recordará, cesa aquí el comentario, y paso a la última demostración gráfica:

Sol y Sombra

20 céntos

RELATIVAMENTE viejas, porque su antigüedad aun no llega a los treinta años, y los protagonistas aun viven —vivan muchos años—, y alguno continúa en el ejercicio de su profesión, tal que Manolo Martínez, matador de toros valenciano, cuyo retorno a España se anunció hace pocos días.

Recojo estas fotos del número 1.117 de «Sol y Sombra», correspondiente al 13 de septiembre de 1917, y no pensé, al hojearle para mi distracción, que en un solo número iba a encontrar tanta fotografía digna de las consideraciones y comentarios que me propongo hacer.

Vaya por delante mi torero: Juan Belmonte... Y estimo curioso añadir a esto que, habiendo sido Juan Belmonte mi torero y garrapateando yo sobre cosas de toros en diarios y revistas durante treinta y cinco años y hasta habiendo merecido el honor de que en el libro de Soto se recogiese en destacado lugar una reseña demostrativa de mi fogoso belmontismo, es curioso, repito, porque tal vez sea el único caso, que yo no haya cruzado jamás la palabra ni haya tenido la satisfacción de estrechar la mano del auténtico fenómeno de la Fiesta Nacional, del que trajo las gallinas y del que abrió las puertas al Toreo, para que pudiese llegar al tono y calidad de arte que hoy indiscutiblemente posee.

Bien. Pues pasemos a contemplar la foto: se publicó en la portada del mencionado número de «Sol y Sombra», con el siguiente pie: «Bilbao,



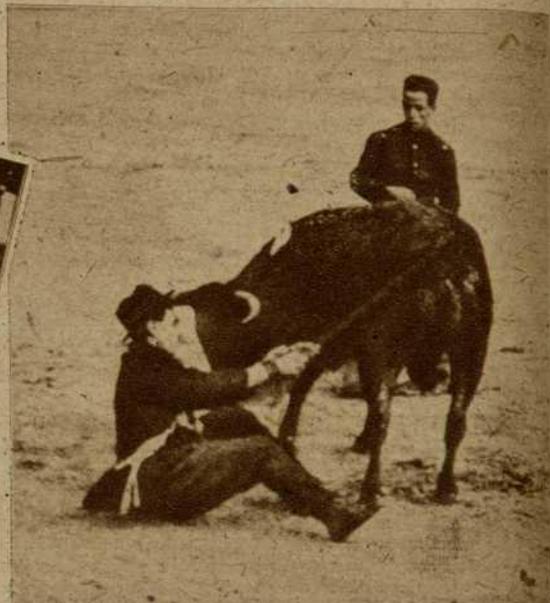
Manuel Martínez toreando de capa.

monte, y el 26, cinco astados de doña Carmen de Federico y uno de Santa Coloma, para Cocherito (que sustituyó al Gallo), Belmonte y Fortuna. Aquello era la feria de Bilbao, con el asador repleto de la mejor carne taurina.

Advirtamos después que las primeras figuras absolutas, con un absolutismo ferrandino, competían y triunfaban en una feria dura, en pelea con las más duras ganaderías. Y, finalmente, fijando

los ojos en la instantánea de Klaus, reconozcamos que cuando un torero, a los cuatro años de alternativa, en plena gloria y al margen de todo pensamiento «administrativo», cuajaba uno de sus mayores triunfos —aquella tarde fué sacado a hombros— en la lidia de un toro de Pablo Romero, con 34 arrobas y ocho kilos, tenía perfecto derecho a que se le considerase como una auténtica, firmísima y sólida figura del toreo. ¿Fenómeno? ¿Cataclismo? ¿Terremoto? Sí, señores. Y bomba atómica. ¿Qué diríamos hoy al torero que se atreviese —yo creo que no hay más que uno, que tiene veinte años— a tal proeza?

Quede aquí la constan-



Dos detalles de la lidia de los becerros por los toreros cómicos Charlot's y Llapisera

Foto número 4:

El lance del desprecio.

Con la muleta o con el capote, da igual. La cosa es no mirar al enemigo.

Y eso es lo que hace el popular Llapisera en ese gracioso lance, digno de... de eso, del toreo cómico, que tanto valorizó entonces a los toreros bufos y que tan lamentablemente valoriza hoy a los toreros tan hiperbólicamente denominados serics.

Y, por hoy, no tengo nada más que decir.

FRANCISCO RAMOS DE CASTRO



XEREZ-QUINA

EL APERITIVO
QUE TOMA
TODO
EL MUNDO

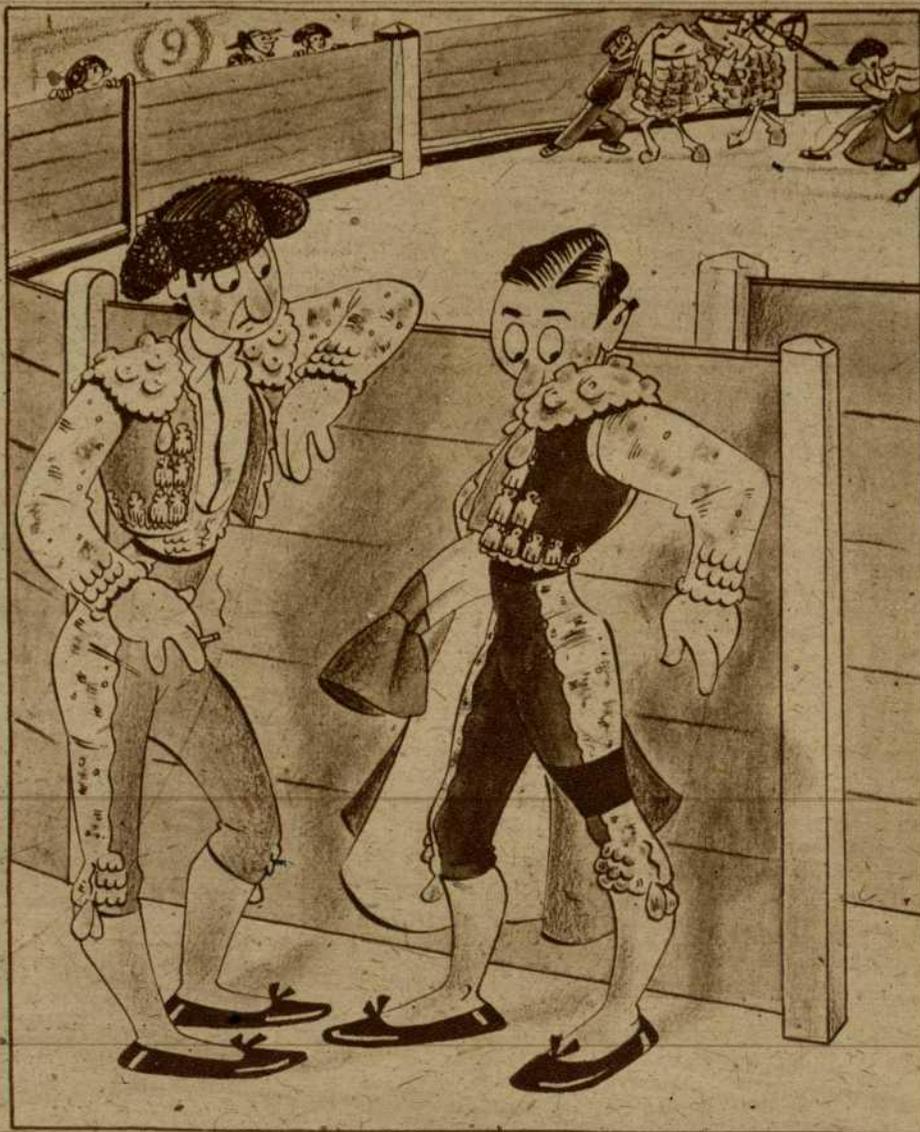


VALDESPINO
JEREZ



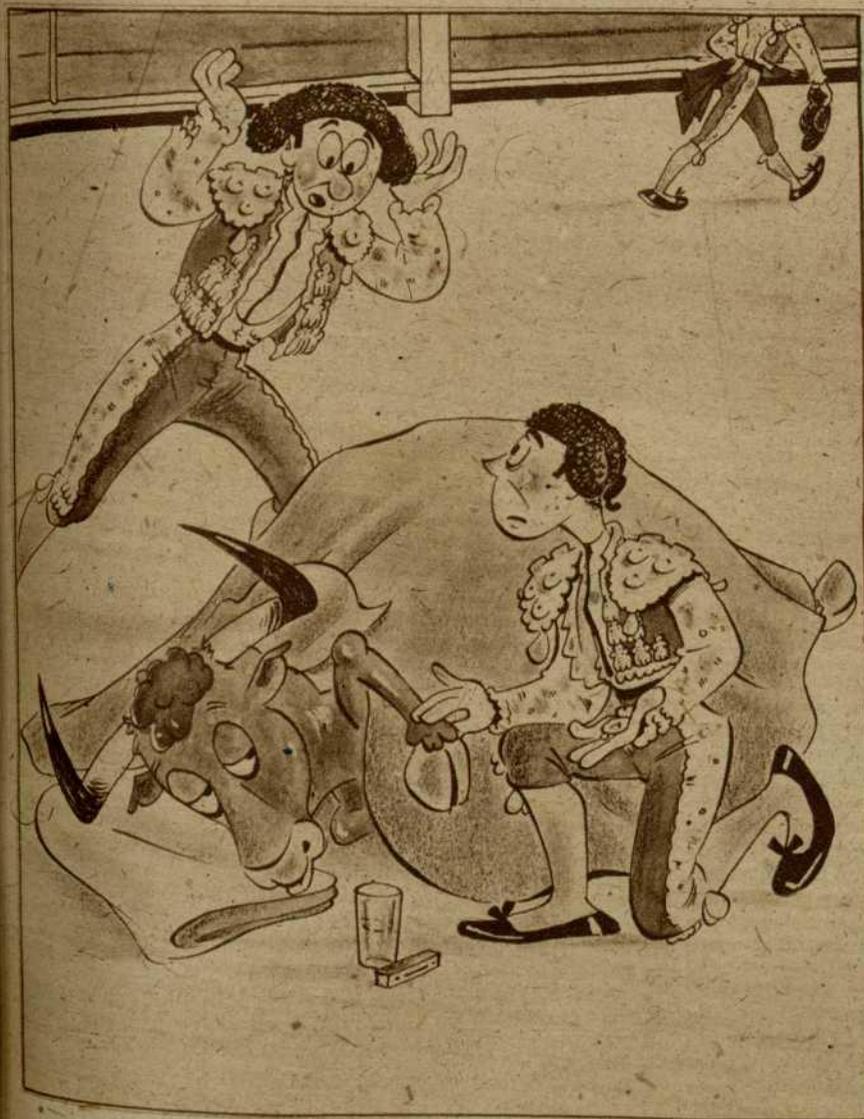
¡BUENA «FAENA»!

—¡«Maoliyo», ha dicho el presidente que, además de las orejas y e rabo, te concede la mano de su hija...!



CALLEJON

—¡Pero hombre...! ¡El luto se lleva en el brazo...!
—Ya lo sé, pero es que por ahí me rompió la taleguilla el berrando del jueves.



¡GRAN PEONI

—¡Pos ná...! ¡A mí me ha dicho mi mataor que se lo cuide mucho...!



DISCIPLINA

—Pero ¿qué hacéis ahí de esa facha...?
—Como nos ha dicho usted: ¡«taparse, taparse»...!

EL ARTE Y LOS TOROS

Los toros, vistos por GOYA

IV

DENTRO ya de la órbita de lo popular, Goya se despacha a su gusto. De momento, atraído por el preciosismo detallista, muy al capricho francés, que impera y domina en los artistas europeos, queriendo internacionalizarse, da se a pintar —ya lo hemos dicho— aquellas escenas efectistas, atrayentes y encantadoras de los tapices. Es tarea contratada que Goya va ejecutando, resolviendo de manera digna el problema cotidiano de la existencia. Hay que pintar con la imposición caprichosa de las gentes, y Goya dibuja los cartones, aunque luego, al ser reproducidos, no se ajuste el color a los maravillosos colores empleados por el artista. Es bohemio, pero no por eso deja de hacer sus cálculos, de medir y nivelar las conveniencias. Es liberal, pero siente el regusto y el mimo de la burguesía, pues nada encanta y satisface tanto a un artista como el halago de la comodidad y del boato cuando éste es hijo del bien ganado dinero. Mas no se crea que este gusto a lo francés, al estilo rococó, que tanto agrada a sus contemporáneos, ha de mermar o desvanecer en lo más mínimo esa tendencia racial hereditaria hacia el hondo costumbrismo de su Patria. En los tapices —se oye en ellos como el encanto de Dios sabe qué música encantadoramente lejana—, Goya recoge el primer dieciochesco de una Francia galante con graciosa reverencia de minué, bajo un cielo, sin embargo, de puras claridades españolas. Goya no puede olvidar su origen, y queriendo ser francés es español, porque lo lleva en la masa de la sangre y le es imposible sustraerse a las rígidas y verdaderas influencias nativas que rigen implacables al individuo. En la depurada aristocracia de la mayor parte de sus modelos se advierte, no obstante, como la presencia incorpórea, visible en espíritu, de la chulapería castiza y manola de su época. Allí falta algo que no se ve, pero que se adivina, que gravita sobre los personajes, como un otro «yo» que en un desdoblamiento —el «yo» castizo— acompaña como una sombra al cuerpo.

Las Sierras del Guadarrama, que se advierten lejanas, muy en segundo término, traen el céfiro de su aliento en «La gallina ciega», cuya escena tímidamente se refleja en las «aguas» quietas que pueden ser del dormido Manzanafes —aprendiz de río, que le llamó Quevedo—, decorando con cierto convencionalismo escenográfico la ingenua gracia de unas posturas de cuadro plástico. La reacción españolista se impondrá en el sordo genial, y algunas veces, no siempre, huracán. Habrá que comparar a Goya con Beethoven. Sin embargo, nuestro pintor no tuvo, como el genio de Bonn, motivos hondos de tristeza y desengaño. Goya pasará por la vida como un vendaval. Beethoven se refugiará en sí mismo, y la música será como el alivio espiritual de sus ansias de fatigado caminante. Su cerebro prócer y extraordinario estallará en la más grandiosa de las sinfonías terrenales. Goya, aventurero afortunado, no necesitará reconcentrarse, aislarse de un mundo hostil, porque el mundo, esclavo a sus caprichos y a sus excentricidades, le rendirá sin titubeos la pleitesía de su más positiva y creciente admiración, elevándole al rango de primer pintor de la Corte, de la aristocracia y del pueblo. Beethoven fué hombre de vida íntima, interna y contemplativa. Goya, de existencia externa. Polos opuestos y antitéticos, se unen sin embargo, por la igualdad, en parte física, y en un todo por su genio. Dueño Goya de este fervor inusitado del mundo, se entregará a sus compromisos pictóricos, y poniendo una vela a Dios y otra al diablo, como vulgamente se dice: a la aristocracia empingorotada y al pueblo jacarandoso y chulape con el que discurre y alterna, irá dejándose mecer en ese tranquilo columpio, que más se inclinará, gravitando, hacia el suelo en el que domina la masa, que ascenderá, débil en el impulso, hacia la altura en la que viven los poderosos de la vanidad y del dinero. Hay una época, en Goya, de esclavitud artística. El pintor crea y reproduce lo que las gentes mandan («Poderoso caballero es Don Dinero», que dijo Quevedo);

pero cuando más o menos libre de exigencias y presiones circunstanciales puede darse al placer de crear, Goya es el amigo de los toreros y el devoto apasionado de las corridas de toros. Goya, escabulléndose de los jardines aristocráticos, en cuyas frondas celestinescas esconde livianas pasiones, se mezcla en alegres francachelas, en juergas y en romerías del más puro y tradicional casticismo chulapo. Goya es genial, mas su genialidad descansa no pocas veces en las lucubraciones de su mente disparatadamente perturbada por visiones fantasmagóricas y alucinantes. Producto de este clima temperamental, de esta fiebre del intelecto que hace real lo irreal de los sueños, son las estampas, muchas de ellas terroríficas, de la gran serie de «La tauromaquia». Goya pintó soñando. Viendo el sueño —frases de Camón Aznar— no como ensueño, sino como aletargamiento, como noche de la razón, en cuyas sombras surgen los vampiros y las tentaciones estafalarias.

Metido ya en el campo de lo popular y castizo, en la órbita, en el área o terreno del pueblo, Goya dará al mundo una nueva visión, un nuevo estudio analítico de la entrañable filosofía de los toros. ¿Goya, filósofo? Goya, filósofo de los más puros; Goya, escéptico; Goya, en fin, censor, apologista, fiscal, ensalzador, panegirista, detractor, crítico genial e incommensurable de los toros. Porque él verá lo que no viera nadie; él presagiará la apoteosis sangrienta de ciertos lances, los hechos trascendentales, los horriblos momentos que habrán de sucederse en las corridas de toros. Mas no creamos que la afición taurina de Goya es solamente la base o primera piedra del gran monumento gráfico de «La tauromaquia». «Cuando de esta serie se ha hablado —dice el erudito, biógrafo e historiador taurino José María de Cossío—, se ha producido cierta confusión por no haberse caído en la cuenta de que tal obra, considerada en su conjunto, aspira a ser una verdadera reseña del arte de torear con una unidad y una secuencia lógicas en la sucesión de escenas y saertes. Este esquema o guión se lo había encontrado Goya hecho, y de él se valió, sin hacer otra cosa que añadir algunos recuerdos personales a las noticias históricas recibidas. El guión o plan se lo dió hecho don Nicolás Fernández Moratín, el poeta de la «Oda a Pedro Romero» y de «La fiesta de toros en Madrid», en su «Carta histórica sobre la fiesta de toros», dirigida al príncipe de Pignatelli, publicada en 1776 y

que durante mucho tiempo fué el más autorizado resumen de la evolución de la fiesta de toros.

Lo que no cabe duda es la innata vocación de Goya por la Fiesta Nacional. Sabido es que el autor de los «Caprichos» no rehusó el torear en pueblos y aldeas españolas durante aquella época de aleteo y disparatada bohemia, aquella su época de trashumante en la que el pan hubo de buscarlo en andariega peregrinación por las carreteras y caminos vecinales de España. Los toros los lleva clavados en su retina; la Fiesta es como el leitmotiv de sus constantes evocaciones. Y surgen como consecuencia los retratos de toreros, y nacen los cuadros con escenas de toros, e iniciando la trayectoria del impresionismo, sintiéndose precursor de un arte nuevo, da a luz la serie magnífica de «La tauromaquia». ¿Qué se propone Goya con las cuarenta y cuatro láminas? Han nacido ya los «Caprichos», los «Desastros», y están para nacer los «Disparatgs» o «Proverbios». «La tauromaquia» no es, ni más ni menos, que una hermana casi gemela, en técnica y concepción, de todos los anteriores. Corre por ellos la misma savia, el mismo espíritu burlón, satírico y escéptico; la misma influencia en cierto modo derrotista, que será como la expansión de la fantasía agobiadora y tétrica de Goya. El pintor buscará en «La tauromaquia» lo anecdótico, las proezas que pudiéramos considerar ajenas a la lidia. Goya nos ofrece facetas de la vieja espectacularidad de los toros. «La tauromaquia» viene a ser como un manual gráfico de las distintas formas y maneras de mostrar el valor, de arriesgar la vida, pendiente de la acometividad, fiereza y pura sangre del toro. En sus estampas, Goya recoge la nota trágica y espeluznante, rabiosamente agria, de los toros. Esa es su visión, ésa es su forma de verlos, y al través de su lápiz se eternizarán momentos que el arte del más genial y extravagante de los artistas hará que queden ya para siempre imborrables. Goya será, con ellos, el gran maestro del dibujo moderno. Y el arte novísimo de hoy, cuando se siente denostado por su fruición y por su fealdad emocionada, señalará hacia atrás, sin volverse, al «gran español Goya» —dice Manach—, el último de los clásicos y el primero de los modernos. Precursor del impresionismo, Goya será el maestro del mismo, y para demostrarlo, bueno será el ver una a una todas las láminas que integran y componen «La tauromaquia». —MARIANO SANCHEZ DE PALACIOS

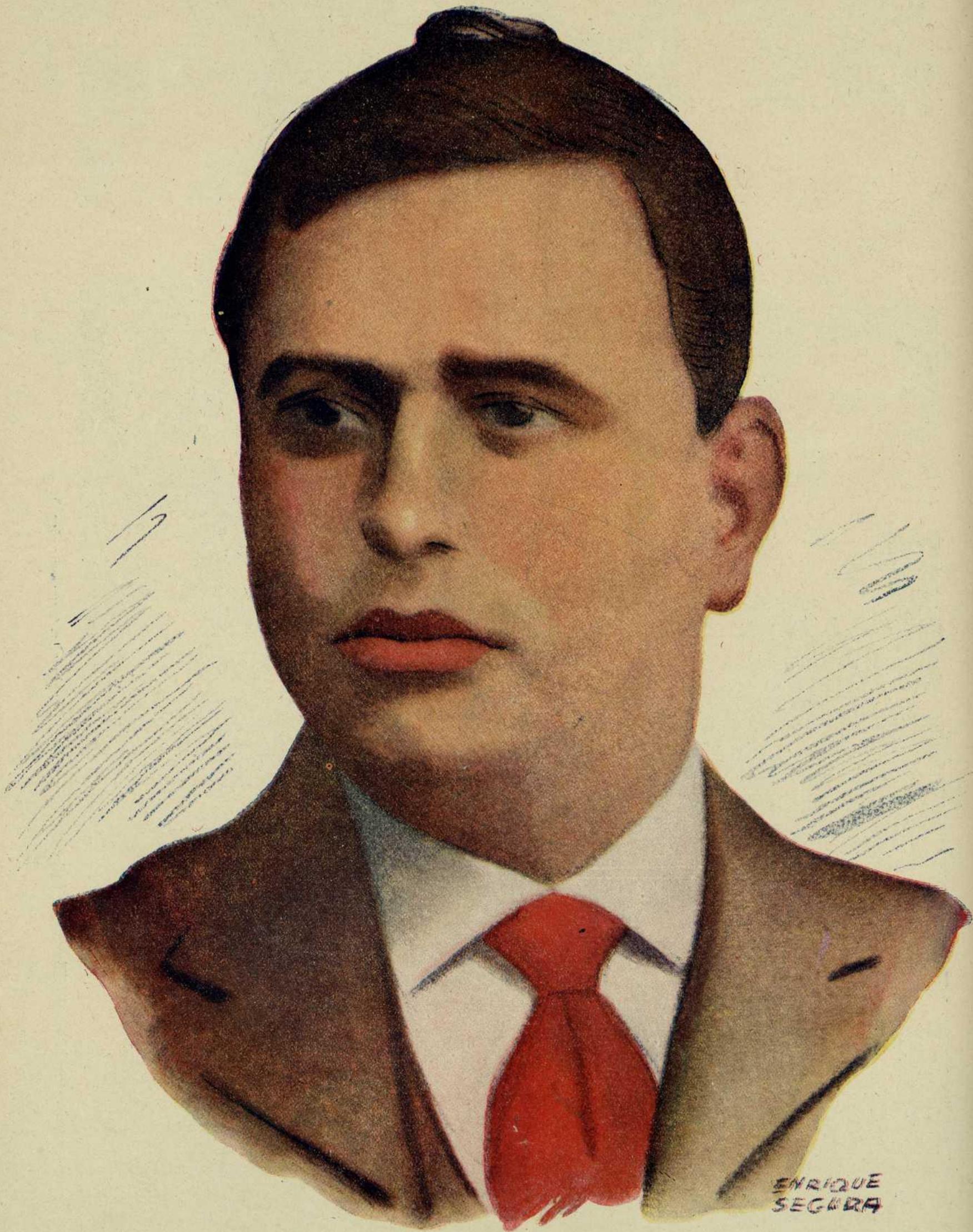


Francisco Goya y Lucientes:
Autorretrato de su obra «Los Caprichos»



Cogida de un moro estando en la Plaza (Dibujo de Goya, de la serie «La tauromaquia».)

(Foto M. Sánchez de Palacios.)



Toreros célebres: José Aguilar, Carriles